

RECENSIONES Y CRÓNICA CIENTÍFICA

ALMUDENA HERNANDO: *Arqueología de la identidad*. Akal Arqueología 1, Madrid, 2002, 224 pp. ISBN 84-460-1654-0.

Siempre he sentido gran admiración por las personas que dedican una parte de su tiempo y de sus energías a indagar sobre los propios sistemas o modos de indagación, es decir, a razonar sobre el razonamiento. En mi colegio, a esto se le llamaba Filosofía, y de su árido y obligatorio estudio a mí sólo me quedaron en la mente preguntas extrañas que nunca tuvieron respuesta, como el significado de *flojisto* o del curioso verso *barbara-celarem-darii-ferio*. Ya en mi madurez, enfrentándome a diario con el duro trauma de la relativización de la Historia que investigo y enseño, mi visión y mi aprecio por la Filosofía ha sufrido una fuerte transformación, y ahora considero un verdadero regalo del destino el encuentro con un texto o con un discurso que me ayude a bajar la difícil escalera de los profundos y subterráneos porqués.

El libro de Almudena Hernando es uno de esos textos especiales, ricos, explicativos, regaladores de ideas, abridores de puertas y ventanas, un libro inesperado —aunque no tanto para quien conozca un poco a la autora— sobre todo porque procede del área de conocimiento de “Prehistoria”, un campo en el que lo que se suele encontrar son piedras, cerámicas, huesos y, cuando hay suerte, alguna estructura de habitación. La profesora Hernando no parece ser arqueóloga en este libro, al menos en ese sentido asumido de “relatora de objetos” al que nos ha habituado la terrible y pesada coletilla de “restos materiales” que acompaña a cualquier definición de Arqueología. Sin embargo, debo señalar que nunca he leído un libro con más vocación de ser “de Arqueología” (de Arqueología profunda) que éste.

Porque veamos: lo que se pretende a través de nuestra vapuleada ciencia —la que todavía algunas personas llaman “procedimiento técnico” y confunden con la exacta perfección vertical de los perfiles— es el conocimiento de las sociedades humanas del pasado. El pasado, ahí, es un mundo inmenso y perdido sobre el que hacer cábalas; pero esas cábalas, bien lo sabemos, sólo las podemos hacer desde nuestro “presente”, es decir, desde nuestro propio y sin duda subjetivo pensamiento/circunstancia. La autora deja esto claro con especial insistencia a lo largo de toda su obra: “Ser humano” es lo que somos, tal como nos definimos, y como esa definición o autorreconocimiento encierra muchos puntos subjetivos y circunstanciales —dónde hemos nacido, cómo nos hemos educado, qué o cuál tendencia nos gusta más, de qué color son nuestras gafas de ver el mundo—, si reconocemos en un grupo

del pasado a “seres humanos”, les colocamos de inmediato todo o casi todo el paquete de circunstancias y puntos subjetivos que constituyen nuestra propia definición, ya que sin ellos no podríamos comprender lo que definimos como “ser humano”.

Pero ¿qué ocurriría si los puntos subjetivos y circunstanciales que constituyen la base del autorreconocimiento de gentes del pasado, fueran radical y estructuralmente distintos a los nuestros? ¿Podríamos en ese caso aspirar siquiera a conocerlas o a comprenderlas?

Estas son preguntas muy difíciles de las que cualquier persona que se dedique a la investigación histórica suele huir con verdadero pavor. Porque la respuesta positiva es poco creíble, y la negativa es arrasadora.

Estas son preguntas de dolor de cabeza garantizado. Almudena Hernando parece tener la cabeza lo suficientemente resistente como para haberse atrevido con ellas incluso después del choque que sufrió con la Antropología, del que ya nos ha dejado bastantes pruebas escritas (ver, sobre todo Hernando 2000). Pero su respuesta final va a estar más cerca del arrasamiento —la negativa— que de la esperanza, por lo que el precioso título de su libro “Arqueología de la identidad”, bien podría convertirse en una “Introducción a la no-arqueología”. La autora también lo dice con claridad desde el principio: “Mi proyecto [que era de Arqueología, claro está] no tenía ningún sentido; no tenía sentido estudiar los ritmos de desplazamiento por el territorio [de aquel grupo] desde mi concepto del territorio, porque [aquel grupo] tiene una percepción del territorio y del espacio, del tiempo y de la realidad, distinta a la mía” (p. 8).

A partir de ahí sus ideas fluyen con facilidad, con la misma facilidad con la que la autora salta de la Arqueología a la Antropología y de esta a la Psicología: los dos parámetros que mejor definen la identidad de las personas y de las sociedades son el tiempo y el espacio. Con esos dos parámetros las sociedades seleccionan el fragmento de realidad que usan en su vida, lo ordenan y lo representan. Algunas le dan más peso y más protagonismo al espacio, entonces su concepción del tiempo es estática y su forma de representar la realidad es el mito; otras le dan más peso y más protagonismo al tiempo, entonces su concepción del tiempo es dinámica y su manera de representar la realidad es la ciencia. Aquellos son “los otros”, estos somos “nosotros”.

Y ésta es la rotunda dualidad sobre la que la autora construye su relato/explicación: si queremos conocer otras culturas, hay que investigar cómo esas culturas percibían su realidad, porque de lo contrario no las comprenderemos nunca.

Aclarado esto, el público lector, sobre todo el que

procede del mundo de la Arqueología, ya ha construido en su mente la gran pregunta: vale, de acuerdo, pero ¿cómo llegar a conocer algo tan profundo como la construcción de la realidad en base a las ideas que se tienen sobre el tiempo y el espacio si lo que yo encuentro, miro y mido son piedras, cerámicas o, en el mejor de los casos, estructuras de habitación?

¿Cómo? ¿Hay alguna forma? Pues no. La autora no da, ni lo pretende, fórmulas para contestar a esta pregunta (para contestar en definitiva a “¿es posible la Arqueología?”), porque lo que ella hace, lo que ella quiere hacer en este libro es llamar la atención sobre el problema, formularlo, darle entidad de identidad. Luego te deja, en la desazón y en el abandono, en ese regusto amargo que has estado paladeando durante todo el libro y que te ha obligado a pensar una y otra vez “Bien, de acuerdo, es así, pero ¿qué puedo hacer con mis piedras, con mis cerámicas o, en los mejores casos, con mis estructuras de habitación?”

Como esta situación pensante es poco operativa, hay que coger un lápiz para señalar y volver a leer el libro con objetivos más concretos y con un mayor nivel de comprensión [esto suele suceder varios días después; mientras tanto el regusto amargo te ha acompañado con cierta constancia]. Ahora ya no buscas las razones porque ya las has entendido, ahora lo que buscas es la Arqueología, es decir, algún lugar en el que la autora relacione la teoría explicativa que está construyendo con los famosos y persistentes “restos materiales” de nuestras vidas.

El primer atisbo de solución, sólo un atisbo, aparece, tras anunciarse, en la página 46, al final de su capítulo de introducción –magnífico sin duda; su sola lectura justifica todo el libro–. La autora ya ha dejado claro en el público lector que las distintas formas de contemplar el pasado que se han usado durante el último siglo y medio –porque antes, simplemente ese pasado no importaba– no han sido adecuadas porque partían de la subjetividad más absoluta y, lo que es peor, no eran conscientes de ello. Entonces se centra en el estructuralismo, la corriente que mejor le parece –aunque no dejará de criticarla todo el tiempo– y concluye que lo que ella pretende es algo poco ambicioso: asumir que existe una coherencia –una relación– entre el control material de los fenómenos de la naturaleza –de la realidad– y el modo de percibir esa realidad; ahí, en ese “control material” puede estar la clave que estamos buscando, ahí puede residir la esperanza para la Arqueología.

Más adelante, en el texto, continuamos encontrando alusiones más o menos veladas a esta cuestión: si las pautas tiempo/espacio –las definidoras de realidades– están relacionadas estructuralmente con la complejidad socioeconómica, bastará llegar a medir esa complejidad –ahí nuestras piedras, nuestras cerámicas, nuestras habitaciones– para atisbar lo del tiempo/espacio. En la página 56 esto es ya toda una frase: “Debe existir una relación estructural entre complejidad socioeconómica/ aumento de la división de funciones y especialización del trabajo/ desarrollo de la individualidad/ control material de la naturaleza no humana/

objetivación de los fenómenos de la naturaleza/ uso de los modelos metafóricos (científicos) para explicar las dinámicas de la naturaleza”. De toda la interesantísima fila, nos quedamos con lo primero, con la “complejidad socioeconómica”, porque esas son palabras que más o menos entendemos: nuestras piedras son (quieren ser) “cada vez más complejas”, nuestras cerámicas son (quieren ser) “cada vez más complejas”, y etc. Nos hemos educado en el evolucionismo unilineal “progresivo” más estricto y esa es precisamente nuestra manera de ver el mundo. Como si nos quedamos sin ella nos quedamos casi en la nada –y ese vacío no nos gusta–, respiramos con alivio: la autora nos ha convencido de que entre el grado de complejidad socioeconómica y todo lo demás (tiempo, espacio, identidad, representación, todo su discurso, en definitiva) hay una relación. No podemos conocer toda esta segunda parte de forma directa a través de la Arqueología, pero sí podemos –esto es sobre lo que llevamos trabajando todo un siglo; estaría bonito que no pudiéramos– llegar a conocer el grado de complejidad socioeconómica de un grupo humano del pasado estudiando sus restos materiales. Ahora, todo en orden. La autora nos ha dado una ley, en el mejor estilo procesualista...

Como nos parece algo dudoso, porque al fin y al cabo ella ha pasado varias páginas criticando a fondo esta tendencia, volvemos a leer despacio y a buscar otras citas que nos corroboren la idea. Y las encontramos:

“Sostengo que puede establecerse una relación estructural entre complejidad socioeconómica y modo de representación de la realidad” (pp. 59-60).

“Las sociedades que no tienen un elevado grado de complejidad socioeconómica perciben y ordenan su mundo a través de representaciones metonímicas de tiempo y espacio...” (p. 62).

“... ello se relaciona directamente con la estrategia económica practicada y la dependencia o control de la naturaleza...” (p. 70).

“Fig. 10 (p.71): Relación estructural entre complejidad socioeconómica, control material de la realidad y aumento de la percepción lineal del tiempo”.

Citas en el mismo sentido se repiten en distintos contextos en la p. 82 (dos veces), en la p. 87, en la 90, y en el cuadro 13 (p.97). De forma especialmente clara en la p. 111: “parto de la confianza en que todos los grupos de igual nivel de complejidad socioeconómica presentarán una estructura semejante de percepción de la realidad”; en las páginas 112, 117, 120, 131, 163, 205, 206 y en otras que se me habrán pasado.

Pero a la autora esta insistencia que se le escapa a veces hacia la consideración, aunque sea mínima, de los “restos materiales”, no le gusta, y lo deja de nuevo claro en la p. 107, en la última frase de su primera parte: “La Arqueología de la identidad no tendría como función ni metodología, como he insistido ya tantas veces, un análisis que afectara a materiales arqueológicos, sino un análisis puramente teórico de las condiciones que tendría que haber revestido la identidad de cada grupo en estudio para que se respetara la ló-

gica de la coherencia estructural con las condiciones de vida que nos revelan los restos materiales que de ellos nos quedan". La lectura lenta de esta frase nos coloca en una situación mental circular que se inicia en "no materiales arqueológicos" y que finaliza en "sí restos materiales"... Bien, estamos en lo nuestro incluso aunque no queramos; y aunque nos duela no poder dejar de lado las leyes, las dualidades y las repeticiones —nuestra lógica— somos procesualistas mientras hagamos Arqueología, sin remedio. Incluso aunque lo que hagamos sea esta "Arqueología de la Identidad".

Aunque en realidad esta evidencia nos desilusione un poco, resulta del todo comprensible porque quien escribe este libro no es ni más ni menos que un ser humano; a convencernos de que realmente lo es, contribuye la lectura de la segunda parte de su obra, la dedicada a la "Historia", una parte en la que la propia identidad de la autora —su personalidad, sus características—, se deja ver sobre todo en la sección dedicada a la modernidad. Y es interesante seguirle la pista. Para empezar, la profesora Hernando eleva en esta parte de su libro su ley inicial al estatus de verdad o punto de partida, de modo que le resulta fácil dividir la historia en dos grandes partes en las que la oposición entre "modos de vida" y "percepción de la realidad a través de las concepciones del tiempo y del espacio" son claramente distintas. El primer grupo son las sociedades cazadoras/recolectoras —horticultoras y el segundo grupo, las productoras o campesinas. Esta es la división tradicional en la Prehistoria, que para la autora es dual y opuesta, sin aparentes intermedios, y para muchas/os otras/os autoras/es es triple, por ejemplo, para mí misma (1985 y 1991) porque tenemos en cuenta a las llamadas "sociedades excepcionales", es decir, aquellas que conservando el modelo económico de la caza-recolección, presentan caracteres sociales propios de la producción, como la sedentarización o el almacenamiento.

Y tanto para mí misma como para muchas otras investigadoras/es las divisiones duales resultan siempre demasiado extremas y poco reales. Así, por ejemplo, la autora asume que uno de los caracteres definitorios de sus sociedades del primer grupo (las cazadoras-recolectoras u horticultoras) es la ausencia de división de funciones y de especialización del trabajo (p. 117, 119), o el hecho de no tener "ningún dominio sobre los fenómenos del mundo" (p. 118). Sin embargo, los estudios de la Antropología parecen demostrar que no existen sociedades en las que no haya división de funciones y especialización de los trabajos, al menos en grado menor, así como la imposibilidad de que cualquier sociedad sobreviva sin "ningún dominio sobre los fenómenos", sea este dominio real o imaginario (y ojo, porque muchos de nuestros pretendidos y cacareados dominios sobre los fenómenos de la naturaleza son más imaginarios que reales).

Respecto sobre todo a lo primero (la inexistencia de sociedades sin división de funciones) podría recordar, sin ir demasiado lejos, los recientes trabajos del equipo de Asunción Vila y Jordi Estévez en el área de investigaciones sobre los Yámana de Tierra del Fuego

(Argentina) que comenzaron hace ya más de una década. Este equipo consigue demostrar en más de una ocasión (ver, p.e. Vila 1998:77 o Vila y Ruiz del Olmo 2001:276) que el mantenimiento del sistema en los primeros momentos de la sociedad humana pasa fundamentalmente por unas determinadas relaciones asimétricas entre mujeres y hombres, relaciones que son desfavorables para las mujeres, ya que existe la necesidad de mantener un equilibrio entre la (re)producción de bienes y la (re)reproducción biológica/social; la única forma de controlar esta última es controlar a las mujeres, y "para poder ejercer el control sobre una parte de la sociedad, hay que desvalorizarla" (o.c. p.277). Sus conclusiones señalan también que da igual el tipo de trabajo que las mujeres hagan, lo bueno o malo de sus resultados o el tiempo que dediquen a ellos: lo importante es que realicen lo que realicen, su trabajo será menos valorado socialmente que el de los hombres.

Y esto se traduce como desigualdad social. Así, aunque nos hubiera gustado mucho poder seguir soñando con la existencia de sociedades sin división de funciones, sin especialización de los trabajos y sin desvalorización del de las mujeres, parece haber demasiadas pruebas antropológicas en contra (arqueológicas no; la Arqueología es campo de sueños mientras no se le ocurra chocar con la Antropología).

Algo parecido ocurre con el tema del dominio sobre los fenómenos, tema este en el que funciona más en todas las sociedades la ilusión que la realidad. Los grupos chimpancés saben (dominan ese fenómeno) encontrar agua y frutos; saben (dominan ese fenómeno) recolectar o pescar termitas; saben (dominan ese fenómeno) parir y educar a las criaturas. Y como esos y pocos más son "los fenómenos" de los chimpancés, pues resulta que esas sociedades "dominan sus fenómenos", aunque a nuestros ojos antropocéntricos y orgullosos, tal vez nos parezca irrisorio tal dominio. Y no hablo de aves, hormigas, abejas, delfines, tortugas... (y no hablo porque no sé, que ya me gustaría, ya).

Así las cosas, si hay que plantearse la inexistencia de las sociedades a las que la autora se refiere en su primer extremo (capítulo VIII), a pesar de que ella nos habla de varias —por supuesto, todas etnográficas; aquí, ya lo he dicho, no hay Arqueología—, todo lo que nos relata sobre los caracteres de los grupos cazadores-recolectores podría no ser más que una suposición (uno de sus muchos "creo" o "quiero creer") destinada a prepararnos para el gran cambio. Para Almudena Hernando, el asunto de la desigualdad de las mujeres —me atrevería a decir que el verdadero *quid* de su libro— se inicia con los grupos agricultores de roza (p.132), y más que explicarla por la clásica maternidad (madres eran también cuando se llevaba la caza-recolección), lo atribuye al sedentarismo, que "marcó una diferencia significativa de vinculación al espacio entre los hombres y las mujeres del grupo social" (p. 132/133). De ahí, en un razonamiento impecable, la autora nos lleva a la conclusión de que "al haber internalizado las mujeres un modo de identidad más relacional, a medida que la diferencia entre la individualización de

ellos y la identidad adscriptiva de ellas era mayor, la sensación de pérdida emocional y de precio identitario y social que habían de pagar las mujeres si pasaban a mayores niveles de individualización aumentaba" (p. 133).

El terror a esa "pérdida emocional" va a acompañar a las mujeres hasta el día de hoy –occidente–. Tal pérdida produce "angustia" en cualquier ser humano, aunque especialmente en ellas. Y he colocado "angustia" entre comillas porque me parece curioso el empleo que la autora hace de este término, junto con los de "miedo", "impotencia" y el ya mencionado de "pérdida", todos ellos negativos (profundamente negativos), y todos ellos utilizados de forma cada vez más abundante conforme se va acercando el final del libro, es decir, conforme vamos llegando al momento actual, momento en que tales términos son los protagonistas (y eso que, según ella misma declara, el texto está escrito antes del 11 de septiembre del año de la odisea del espacio).

Así, la "incipiente independencia de dios" causa angustia (p. 173), "los monjes y los sacerdotes sienten angustia ante el fin de la vida" (id.), y esa muerte es la que genera "terror" (p. 174). A estas se le añaden muchas otras expresiones también negativas: sólo algún tipo de "desequilibrio personal" podía explicar el alejamiento de las mujeres viajeras de su tradicional función de esposa y madre (p.190); en varias frases, el "descontrol" de algún fragmento de realidad, genera "las más íntimas angustias" (p.193), esos cambios nos van alejando emocionalmente de los fenómenos de la naturaleza, de forma que "nos vamos sintiendo progresivamente solos y con un núcleo interior de emociones confusas que no sabemos manejar" (p.195)... Poco a poco la autora nos va convenciendo así de que "el mecanismo de orientación mítico, que se construye a través del espacio y no del tiempo, es mucho más consolador emocionalmente que el científico, propio de nuestra sociedad" (p.179). Qué nostalgia de un tiempo imposible...

Todo eso era para los siglos anteriores al XX. Cuando este llega –es decir, cuando su historia, nuestra historia, termina–, el control que occidente consigue sobre el factor tiempo –con la sincronización del mundo occidental (p. 196)– y por supuesto sobre el factor espacio –cartografías–, hace que nuestra conexión emocional con la realidad sea distinta a la que caracteriza a los grupos humanos que no tienen esos controles; en este punto es en el que, según la autora, las mujeres se diferencian más de los hombres en el proceso de construcción de la identidad individual, y se diferencian sobre todo porque "una mayoría de los hombres no desean que ellas se individualicen" (p.199) y además, porque el coste de esta individualidad, en términos emocionales, es alto, supone siempre una sensación de pérdida y desconexión con el mundo (id.). Así, las angustias interiores pueden llegar a un grado extremo, ya que "el sentimiento de soledad profunda y desesperanza en la posibilidad de establecer vínculos emocionales duraderos puede entonces adueñarse del ser, conduciendo a muy difíciles estados emocio-

nales..." (p. 202). [Qué cerca de la autora y de millones de mujeres, qué lejos de la Arqueología].

Y ese es el ambiente contra-arqueológico de toda la última parte de este libro, y por supuesto de sus conclusiones. Es un ambiente de ensayo psicológico social sobre la situación actual de occidente, una situación de extrema fragmentación en la que los "adelantos" como internet sólo contribuyen a aumentarla. Según la autora, parece que caminemos hacia la destrucción emocional del grupo humano y encima no es fácil pensar en una salida para esta situación. La individualidad es una carga muy pesada para muchas personas, y muy en especial para las mujeres occidentales, educadas para no ser individuos independientes sino relacionales, y forzadas por la propia situación occidental a saltar al vacío de la independencia, a la soledad del corredor de fondo [que era un hombre, claro está].

Al final, cuando cierras el libro por tercera o cuarta vez, leyendo de nuevo el último párrafo, te das cuenta, ya de forma definitiva, de que Almudena Hernández no ha querido en realidad escribir un libro de Arqueología ni lo ha querido escribir desde la Arqueología; ella lo ha pensado –tal vez no de forma consciente– como un grito agudo destinado a combatir lo que no le agrada del mundo: el machismo, la fragmentación, la soledad, la desconfianza, la fragilidad de los sentimientos... La autora nos deja, como anuncié al principio, con un regusto amargo, con ganas de gritar ¡No puede ser así!, pero con una voz interior que te repite: lo es, probablemente lo es. Y seguro que era eso lo que ella pretendía.

¿Y ahora? Releyendo a S. J. Gould, mi escritor científico favorito –recientemente desaparecido–, me doy cuenta de la cantidad de veces que en su larga obra nos intenta convencer, de formas distintas, de lo anecdótica que es la vida humana en el conjunto de vida del planeta tierra, así como lo curioso que le resulta comprobar cómo cada ser humano piensa que su momento es "el momento". En realidad, desde el inicio de la construcción de la modernidad –fenómeno occidental y avasallador donde los haya– han existido siempre voces [la inmensa mayoría masculinas] que nos han dejado sus palabras destinadas a combatir lo que no les agrada del mundo que observan o que viven: la explotación industrial, la ausencia de equilibrio en el reparto de la riqueza, la polución medioambiental, la sobreexplotación de los recursos, la xenofobia, el orgullo y la prepotencia, conceptos todos ellos tan "nuestros", tan de "nuestro momento", tienen ya una larga vida histórica, y han sido "nuestros" y "sólo nuestros" al menos en los últimos 300 años. La solución por antonomasia –para la autora, para mí, para varios miles de millones de seres humanos de ahora y de antes– está escrita en este libro de no-arqueología en su última frase: "un futuro que permita la convivencia y el respeto entre los distintos sectores de población... desde la convicción de que las diferencias en la manera de entender el mundo ilustran la asombrosa inteligencia, versatilidad y flexibilidad de todos los seres humanos y no la incapacidad de la mayoría frente

a la capacidad de una minoría poderosa, que es, precisamente, la que escribe la Historia" (p. 214).

Ahora, cuando esa minoría poderosa parece ser más poderosa que nunca, hay que felicitar con calor a la profesora Hernando por haber unido su voz y la prodigiosa fuerza de su razonamiento a esta incapaz mayoría, demostrando de nuevo que, por lo menos, no siempre es muda.

HERNANDO, A. 2000: "Factores estructurales asociados a la identidad de género femenina. La no-inocencia de una construcción socio-cultural". En A. Hernando (ed.): *La construcción de la subjetividad femenina*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas, Asociación Cultural Al-Mudayna: 101-142.

QUEROL, M.A. 1984: "Los sistemas de aprovechamiento: un modelo para la interpretación y el estudio de los grupos prehistóricos". *Arqueologia* (Porto, Portugal) 4:15-46.

— 1991: *De los primeros seres humanos*. Ed. Síntesis, Serie Prehistoria 2.

VILA MITJÁ, A. 1998: "Arqueologia per imperatiu etnològic". *Cota Zero* 14:73-80.

VILA MITJÁ, A. y RUIZ DEL OLMO, G. 2001: "Información etnológica y análisis de la reproducción social. El caso Yamana". *Revista Española de Antropología Americana* 3: 275-291.

M. Ángeles Querol

Dpto.de Prehistoria

Facultad de Geografía e Historia

Universidad Complutense de Madrid

28040 Madrid.

MARGARITA DÍAZ-ANDREU GARCÍA: *Historia de la arqueología. Estudios*. Ediciones Clásicas, Madrid, 254 pp. ISBN: 74-7882-503-7

Desde que Carlos Cañal (1893) escribiera una primera revisión historiográfica de lo que por aquel entonces era considerado como una nueva ciencia, la Prehistoria, en los Anales del Instituto de Historia Natural, el interés por conocer la historia de esta disciplina se ha dirigido a reconocer la trayectoria de aquellos personajes que eran más trascendentales para su desarrollo científico plasmado en notas biográficas, necrológicas u homenajes. Desde 1990 esto ya no es así, si durante la década de los años 1980 la arqueología española despertó ante la necesidad de partir de un buen nivel teórico, en la de 1990, y como consecuencia de lo anterior, el conocimiento profundo y analítico de su historia ha sido el objetivo marcado por muchos investigadores. Esto se puede apreciar en la lectura de las primeras tesis sobre el tema, el volumen de artículos de prensa publicados, la celebración de dos congresos centrados en este tema, el primero de ellos en el año 1988 (Arce y Olmos 1991) y el segundo en 1995 (Mora y Díaz-Andreu 1997) y en este mismo año con la publicación de otra obra sobre la relación epis-

tolar entre Pere Bosch Gimpera y Luis Pericot en la época de la Dictadura (García *et al.* 2003).

Es en este contexto en el que se debe enmarcar el libro de Margarita Díaz-Andreu. Esta autora es una de las personas que están protagonizando por un lado la realización de análisis historiográficos sobre la arqueología española, que en parte se han recopilado en este libro, y por otro la difusión de la historia de nuestra arqueología a nivel internacional toda vez que ha sido la editora de algunas reuniones sobre historiografía en las que se han incluido trabajos sobre el Estado Español y la Península Ibérica. En ellas se tratan temas como el nacionalismo (Díaz-Andreu y Champion (eds.) 1996), el género (Díaz-Andreu y Stig Sorensen (eds.) 1998) y la historiografía (Díaz-Andreu y Keay (eds.) 1997); siendo reconocido su papel divulgando la arqueología peninsular en el mundo anglosajón (Strauss 1998: 283-284).

Como confiesa la propia autora en el prefacio de este libro, su contacto con el panorama internacional nace ya en 1991 cuando recibió una beca post-doctoral que disfrutó en la Universidad de Londres y en los años 1992 y 1993 colaborando en la de Southampton. En 1994 consigue una plaza de profesora asociada en la Universidad Complutense para pasar a la de Durham como Lecturer en 1996, centro en el que permanece hasta la fecha. Durante la década pasada ha publicado diferentes trabajos historiográficos sobre la arqueología española tanto en las reuniones en las que ella misma ha sido editora como en diferentes publicaciones periódicas.

El título de la obra, *Historia de la Arqueología, Estudios*, puede engañarnos al faltar una palabra que define correctamente la información del libro, "española" puesto que dicha Historia se centra en el Estado español y solamente dos capítulos pueden tener una vocación internacional. Sin embargo la segunda parte del título Estudios sí expresa lo que realmente es su contenido, una recopilación de trabajos publicados por la autora durante los años 1990, de tal forma que no llega a tener la configuración coherente y organizada propia de un libro de síntesis sobre el tema. A pesar de tener este problema se presenta información de interés, comenzando por el prólogo de Gonzalo Ruiz Zapatero, que aporta una visión completa de la investigación historiográfica sobre arqueología a nivel nacional e internacional, y la introducción, donde Margarita Díaz-Andreu manifiesta que se pretende superar la mera descripción de diferentes rasgos de la historia de nuestra arqueología ofreciendo un tratamiento crítico de estos temas. Este es un cometido que una vez leída la obra se ve cumplido.

Esta recopilación de textos se organiza en dos partes; en la primera se trata la "Historia de la arqueología en España: una mirada varia hacia nuestro pasado disciplinar" y en ella hay varios temas que o no se han tratado o se han comenzado a tratar por investigadores como la autora del libro en el marco de la investigación arqueológica española. Es el caso del Capítulo 2 "Mujeres españolas en un mundo en transformación: antigüedades y estrategias de género" donde se abor-

da el papel de las mujeres en la arqueología española reconociendo la influencia que tiene la estructura social tradicional para excluir del mundo profesional y docente al sexo femenino durante décadas.

La relación de Vere Gordon Childe con la prehistoria de la Península Ibérica, aunque debemos tener en cuenta que no ha sido tan profunda como la que tuvo con otros ámbitos geográficos, ha sido poco difundida y estudiada, siendo el capítulo 3 basado en un texto presentado en el monográfico sobre el Bronce Atlántico (Jorge ed., 1998) que es pionero en tratar el tema en profundidad. Se dan a conocer sus visitas a España y Portugal, los contactos con el alumno de Bosch Gimpera, Luis Pericot, y después de la guerra civil con la universidad de Madrid y Santa-olalla que llega a ser el director de la tesis sobre el Bronce atlántico del alumno de Childe, Eoin MacWhite, a pesar de tener posturas ideológicas opuestas (Moure Romanillo 1996: 48). También es interesante, por otra parte, como se presenta a Childe como un referente de “prestigio académico” para los arqueólogos españoles. En cualquier caso es un tema sobre el que todavía se puede profundizar tanto por el interés de Childe en el Bronce Atlántico como por los posibles contactos con Irlanda desde Madrid en la época de la Dictadura franquista.

Los otros tres capítulos de esta parte del libro se pueden enmarcar entre los análisis historiográficos sobre la arqueología española que se han publicado en la década de los años 1990. El capítulo primero “La arqueología en España en los siglos XIX y XX: una visión de síntesis” tiene un buen referente en las tesis doctorales de Ayarzagüena y Jiménez Díez para el siglo XIX y primera parte del XX (Ayarzagüena 1992; Jiménez Díez 1993) y en la información contenida en los congresos sobre historiografía (Arce y Olmos (ed.) 1991; Mora y Díaz Andreu (ed.) 1997), si bien la idea de síntesis sobre el tema de la que podría partir todo el libro queda reducida a este capítulo. El capítulo 4, “Teoría e ideología en arqueología: la Arqueología española bajo el régimen franquista”, se basa en un artículo donde se analizan las implicaciones políticas del mundo institucional de nuestra arqueología durante la dictadura franquista (Díaz-Andreu 1993). Por último, el capítulo 5, “La arqueología imperialista en España: extranjeros vs. españoles en el estudio del arte prehistórico de principios del siglo XX” presenta la relación de personajes extranjeros con nuestra arqueología partiendo de la clasificación realizada por Triggner (1996) definiendo la actuación arqueológica como nacionalista, colonial o imperialista. Así, va un poco más allá de otras aproximaciones a este tema (Moure 1996) englobándolo en un contexto de análisis mundial aunque, sin embargo, en este texto la investigación se ciñe solamente a un campo, el del arte prehistórico.

La segunda parte del libro está dedicada al contexto nacionalista de la arqueología en España y en el mundo occidental. En ella se trata de imbricar el análisis de nuestra arqueología en el marco de la arqueología internacional, para ello se incluye un capítulo dedicado a este tema desde una perspectiva general, “Cultura y nación: una mirada historiográfica”, basa-

do en el texto que presentó la autora en la EuroTAG de 1992 (Jones, Gamble y Graves (eds.) 1996). Aquí se presenta el nacionalismo como concepto y su implicación en las valoraciones obtenidas a partir de la investigación arqueológica en una perspectiva internacional. Otro capítulo a significar en este sentido es el dedicado a la arqueología americana, “Identidades y el derecho al pasado: del nuevo al viejo mundo”, constituyendo uno de los pocos análisis que trata este tema en el Estado Español. El texto que sirve de base para esta publicación (Díaz-Andreu 1998) permitió divulgar la problemática entre investigación arqueológica y nativos en Norteamérica, pero en relación con el resto del libro acaba evidenciando la sensación de desconexión entre los diferentes capítulos y rompe la idea de conjunto de la obra.

Esta parte del libro se completa con dos capítulos de interés basados en textos publicados en los años 1990 (Díaz-Andreu 1994 y Díaz-Andreu 1996). El primero de ellos, “El pasado en el presente: la búsqueda de las raíces de los nacionalismos culturales en España”, explora la influencia del nacionalismo en las valoraciones arqueológicas, ya sea durante periodos como el de la Dictadura franquista o el actual del Estado de las Autonomías donde nos presenta la implicación política de los gobiernos locales y autonómicos. Por último se realiza un análisis sobre la arqueología islámica, expresando como se ha marginado en nuestra historia la perspectiva de la España musulmana frente a la cristiana incluso por aquellas personas dedicadas a su estudio.

En suma, esta obra aporta una valiosa información elaborada por una de las personas que conocen bien el panorama de la arqueología a nivel internacional y que ha jugado, junto con otras, un papel clave en el desarrollo de la historiografía arqueológica española. Pero en un momento en el que se tiende a crear obras de síntesis sobre el tema historiográfico como el diccionario de Historiadores Españoles Contemporáneos (Peiró y Pasamar 2002) o la interesante colección Historiadores de Uruguioi Editores dirigida por Ignacio Peiró (<http://www.UruguioiEditores.com>), no llega a ser un trabajo de síntesis sobre el tema y queda como una recopilación de trabajos ya editados.

ARCE, J. y OLMOS, R (eds.) 1991: *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)*. Ministerio de Cultura. Madrid.

AYARZAGÜENA SANZ, M. 1992: *La Arqueología Prehistórica y Protohistórica*. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.

CAÑAL, C. 1893: “La prehistoria en España, notas histórico-bibliográficas”. *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural* serie 2ª, XXII: 152-159.

DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. 1993: “Theory and ideology in Archaeology: Spanish Archaeology under the Franco régime”. *Antiquity* 67: 74-82.

- 1994: “El pasado en el presente: la búsqueda de las raíces en los nacionalismos culturales. El caso español”. En J.G. Baramendi, R. Máiz y X.M. Núñez (eds.): *The Nationalisms in Europe: past and present*. Uni-

- versidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela: 199-218.
- 1996: "Islamic archaeology and the Origin of the Spanish Nation". En M. Díaz Andreu y T. Champion (coords.): *Archaeology and Nationalism in Europe*. University College of London Press. Londres: 68-69.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. y CHAMPION, T. (eds.) 1996: *Nationalism and archaeology in Europe*. University College of London Press. Londres.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. y KEAY S. (eds.) 1997: *The archaeology of Iberia: the dynamics change*. Routledge. Londres.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. y SORENSEN, M. L. S. (eds.) 1998: *Excavating Women: A history of women in european archaeology*. Routledge. Londres.
- GRACIA ALONSO, F., FULLOLA PERICOT, J. M^a y VILANOVA VILA-AABADAL, F. 2003: *58 anys i 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot 1919-1974*. Alii. Barcelona.
- JIMÉNEZ DÍEZ, J. A. 1993: *Historiografía de la Pre y Protohistoria de la Península Ibérica en el siglo XIX*. Universidad Complutense. Madrid (Tesis Doctoral Inédita.)
- JONES, S., GAMBLE, C. y GRAVES, P. (eds.) 1996: *European Communities: Archaeology and the Construction of Cultural Identity*. Routledge. Londres.
- JORGE, S. O. (Ed.) 1998: *Is there an Atlantic Bronze Age?*. Traballos de Arqueología, 10. Instituto Português de Arqueologia. Lisboa.
- MORA, G. y DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. (eds.) 1997: *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Universidad de Málaga, Ministerio de Cultura, Centro de Estudios Históricos CSIC. Málaga.
- MOURE ROMANILLO, A. 1996: "Hugo Obermaier, la institucionalización de las investigaciones y los estudios de Prehistoria en la Universidad Española". En A. Moure Romanillo (ed.): *El hombre fósil' 80 años después*. Universidad de Cantabria. Santander: 17-50.
- PEIRÓ MARTÍN, I. y PASAMAR ALZURIA, G. 2002: *Historiadores españoles contemporáneos*. Akal. Madrid.
- STRAUSS, L. G. 1998: "Reseña de The archaeology of Iberia. The Dynamics of Change. M. Díaz-Andreu y S. Keay (eds.), 1997. Londres, Routledge". *Journal of Anthropological Research* 54: 283-286.

Juan Carlos García Santos

Instituto de Enseñanza Secundaria Arcipreste de Hita

Correo electrónico: lags92601@mi.madridtel.es
Tlf.: 91 234 87 09 y 676 0810 21.

BRADLEY, R.: *The Past in prehistoric societies*, Routledge, London y New York, 2002, xiv +171 pp., 54 figuras, 10 tablas. ISBN 0-415-27628-4.

Tras la publicación en 2000 de *An Archaeology of Natural Places* (Ed. Routledge), R. Bradley vuelve a

la escena internacional con una monografía en la más pura línea de trabajos ya clásicos como *The Significance of Monuments* (1998a); y es que, sin por supuesto querer desmerecer la importancia de la obra, *An Archaeology of Natural Places* podría en parte verse como un paréntesis en la dinámica de los trabajos de Bradley, no tanto por los temas tratados como por la diversidad geográfica y cronológica que encerraban sus páginas (cf. López-Romero 2002).

El volumen que ahora nos ocupa se articula en seis capítulos, siendo el primero de ellos (*Introduction*) un elenco de reflexiones sobre conceptos tan importantes como la Prehistoria, el tiempo, la cultura material o la memoria, que constituyen la base teórica de la posterior argumentación. Entre estos conceptos, la visión de la monumentalidad como el fruto de un nuevo modo de entender el *tiempo* entre las sociedades agrícolas – señalada por primera vez en *Altering the Earth* (1993)– aparece de forma subyacente, aunque fue un aspecto tratado en detalle en alguno de los trabajos anteriores ya citados. El resto de los apartados se estructuran siguiendo una línea progresiva que indaga en el concepto de "origen" de las comunidades humanas (capítulo 2), en la consideración del pasado cercano de las sociedades objeto de estudio (capítulo 3), la proyección de determinados elementos culturales en momentos posteriores a su construcción o elaboración (capítulo 4), y la reutilización y reinterpretación del pasado en momentos más recientes, con especial atención a las etapas romana y medieval (capítulo 5).

Como es obvio, la propia temática de la obra lleva al autor a un discurso que recalca, de forma más evidente si cabe, los procesos de *longue durée*; el relevante papel de apoyo argumental otorgado a los estudios etnográficos en la monografía de 2001, que podría haber sido igualmente utilizado en este caso, es ahora minimizado –acertadamente desde mi punto de vista– y se reduce a algunas notas explicativas bastante pertinentes (v. pág. 19 y 41-42).

Como en otras ocasiones, Bradley busca un equilibrio entre los planteamientos teóricos de partida y el registro arqueológico; en este caso, el primero de los supuestos analizados le lleva a cuestionar –una vez más (cf. Bradley 1998a)– el papel meramente funcional otorgado a los yacimientos habitacionales de la "cerámica de bandas". La distribución de las *long houses* y, sobre todo, su orientación, llevan al autor a proponer que *they seem to acknowledge an area of origin that had been settled in the past* (p. 28); esta hipótesis redundante en anteriores propuestas de interpretación simbólica del propio Bradley sobre los recintos de fosos interrumpidos (*causewayed enclosures*), y había sido ya adelantada en un breve artículo publicado en *Antiquity* (Bradley 2001). No cabe duda de que la idea resulta muy atractiva desde una perspectiva de eminente difusión démica –en principio refrendada por las series de dataciones radiocarbónicas–, pero resulta, sin embargo, difícilmente contrastable (algo que el autor no oculta en ningún momento). En este mismo apartado, se hecha en falta la anunciada reflexión sobre la cerámica cardial (p. 19), que sólo puede identi-

ficarse entre líneas en el análisis del área Centro-Oeste de Francia.

Resulta igualmente interesante comprobar el espacio dedicado a la Prehistoria de la zona francesa en la obra; además de los ejemplos en relación con las reutilizaciones de época romana y medieval en el norte del país (cáp. 5), el interés suscitado por el debate en torno al contexto social en que surge el primer megalitismo en la zona del Golfo de Morbihan, y el hecho de que este debate haya sido recientemente relanzado por A. Whittle (2000), ha permitido la participación de los investigadores anglosajones en la reinterpretación de una secuencia arqueológica que era identificada por primera vez allá por los años 80 del ya pasado siglo XX (J.L. Helgouach 1983). Bradley encuentra un excelente referente para su trabajo en la reutilización de las grandes estelas en algunos de los monumentos de corredor de la región, proponiendo una nueva interpretación basada en la existencia de una especie de "ciclo ritual" en el cual la construcción, destrucción y reemplazo de estos elementos formarían parte de una misma secuencia que estaría determinada, en sus puntos fundamentales, desde un principio. Ya sea en la planificación de ciclos cortos, ya en los intentos de influencia sobre generaciones futuras, la idea de una *historia finita* de los monumentos puede definirse como el verdadero hilo conductor de la obra; como se subraya en algún caso como el del yacimiento de Tomnaverie (Reino Unido) [...] *all three monuments seem to have been built according to a plan that may have been laid out from the beginning, so that each successive structure had its place in the unfolding of a ritual that extended over a finite period of time* (pág. 96). Esta afirmación se vería sustentada en otros ejemplos como la bien contrastada sustitución de las estructuras de madera por piedra en la Prehistoria británica, o la ya citada destrucción de las grandes estelas bretonas según la secuencia que Bradley propone.

El concepto de reutilización se ve también influenciado en este volumen por una perspectiva recientemente desarrollada por el autor, si bien en un contexto algo diferente (1998b); según esto, la apropiación de un espacio por parte de un individuo o comunidad podría en algunos casos responder a un error en la atribución del carácter original de ese espacio o monumento. En este sentido, nos dice Bradley, puede también ser entendida la presencia de restos de época romana en algunas de las galerías cubiertas del Neolítico Final del norte de Francia, quizás equivocadamente identificadas con estructuras subterráneas de la Edad de Hierro, en ocasiones relacionadas con depósitos votivos ligados a la fertilidad de la tierra (v. pág. 119).

Si *Rock Art and the Prehistory of Atlantic Europe* se nutra de manera especial de la experiencia del autor en su trabajo de campo en Gran Bretaña y en el Noroeste de la Península Ibérica, y *The Significance of Monuments* era en parte el fruto de una larga serie de trabajos anteriores, en este caso las recientes excavaciones del autor en la provincia de Zamora (El Pedro-

so) y en el Reino Unido (a destacar la monografía final sobre el conjunto de Balnuaran of Clava, publicada en 2000), se dejan notar en el elenco de ejemplos seleccionados para el análisis.

Con el siempre elegante estilo de Richard Bradley, *The Past in prehistoric societies* es una obra agradable de leer y que invita al arqueólogo a analizar desde una perspectiva diferente –diacrónica, simbólica y más crítica– el registro material y las mentalidades pretéritas, pero que insta también a la reflexión sobre las actitudes actuales ante conceptos tan esenciales como son el *pasado*, *presente* y *futuro*.

BRADLEY, R. 1997: *Rock Art and the Prehistory of Atlantic Europe*, London, Routledge.

- 1998a: *The significance of monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*, London, Routledge.

-1998b: "Ruined buildings, ruined stones: enclosures, tombs and natural places in the neolithic of SW England". *World Archaeology* 30(1): 13-22.

-2000: *An Archaeology of natural places*, Routledge, London y New York.

-2001: "Orientations and origins: a symbolic dimension to the long house in Neolithic Europe". *Antiquity* 75: 50-58.

L'HELGOUACH, J. 1983: "Les Idoles qu'on abat". *Bulletin de la Société Polymathique du Morbihan*: 57-68.

LOPEZ-ROMERO, E. 2002: "Recensión de R. Bradley: *An Archaeology of natural places*". *Trabajos de Prehistoria* 59 (1): 188-190.

WHITTLE, A. 2000: "Very like a whale menhirs, motifs and myths in the Mesolithic-Neolithic transition in northwest Europe". *Cambridge Archaeological Journal* 10(2): 243-259.

Elías López-Romero González de la Aleja

Dpto de Prehistoria, Instituto de Historia. CSIC.

C/ Serrano 13

28001 Madrid.

Correo electrónico: elopez@ih.csic.es

GILLIAN VARNDALL y PETER TOPPING: *Enclosures in Neolithic Europe. Essays on Causewayed and Non-Causewayed Sites*. Oxbow Books. Oxford, 2002, 127 pp. ISBN 1-84217-068-6.

Enclosures in Neolithic Europe publica las contribuciones a la reunión *Neolithic Causewayed Enclosures in Europe*, celebrada en 1999 en Londres. Ésta contó con algunas de las más recientes aportaciones sobre recintos neolíticos europeos, y se diseñó para complementar la finalización del proyecto de prospección aérea y documentación planimétrica de los recintos neolíticos ingleses (Oswald *et al.* 2001).

El volumen se estructura en 8 secciones que orga-

nizan un total de 14 artículos. Los editores han optado por alternar criterios a la hora de distribuir las contribuciones: geográfico y político (Escandinavia [1 artículo], Francia [3], Italia [2], Europa Central [1], Irlanda [1], Isla de Man [1]), seguido por un apartado temático de “Estudios líticos” [1] y 4 breves trabajos sobre recintos ingleses. Se trata de aportaciones muy variables, tanto en cuanto a su contenido descriptivo y analítico, como a las áreas geográficas, marco cronológico y características formales de las evidencias arqueológicas seleccionadas. Todo ello refleja la ambigüedad del título del volumen, aunque enfatiza la variedad de procesos regionales existentes en la Prehistoria reciente europea.

Los trabajos presentan recintos construidos mediante fosos, empalizadas o piedras, con cronologías situadas entre el VI (Italia) y II milenios cal AC (Francia). El volumen tiene el mérito de incluir 6 trabajos que, además de abordar algunos recintos en particular, contextualizan temporal y espacialmente las evidencias regionales. El lector puede obtener una razonable visión de conjunto de Escandinavia, tres regiones francesas, Italia e Irlanda. Sin embargo, y a excepción de uno, todos los artículos sobre recintos ingleses son estudios de caso. Los interesados en un estado actual de la cuestión en Inglaterra deben recurrir a Oswald *et al.* (2001).

La variabilidad de los ‘recintos neolíticos’ queda demostrada a lo largo de todas las aportaciones. El caso de los yacimientos franceses del III milenio BC es ilustrativo. En el Languedoc, el recinto de 0’2 ha de ‘La Serre’ cuenta con un pequeño foso y una ausencia total de estructuras en su interior, probablemente resultado de la erosión (Vaquer 2002: 32). En el centro-oeste, el recinto de 15-18 ha de ‘Le Camp’ está formado por un terraplén de más de 5 m de anchura, situado entre dos empalizadas de aproximadamente 28000 postes cada una (Burnez y Louboutin 2002: 21). En Bretaña, el yacimiento de ‘La Hersonnais’ se compone de cuatro construcciones no contemporáneas de similar planta y distintas dimensiones. La mayor de ellas es un edificio en “L” de 102 x 12 m con un ala lateral de 40 m de longitud, rodeado por una empalizada de 0’75 ha (Tinevez 2002). Los recintos irlandeses del IV milenio AC presentados por Cooney (2002) confirman que esta variabilidad regional es un fenómeno generalizado que no se limita al final del Neolítico.

A la variabilidad de cronologías, dimensiones y localización, se suma la sustancial diversidad de restos estructurales y residuos recuperados. Uno de los debates centrales desde los años 60 ha girado en torno a la interpretación funcional de estos recintos. Evidentemente este volumen no aporta una solución, pero muchos de los trabajos demuestran un especial interés en presentar interpretaciones contrastables y refutables. De todos destaca la contribución de Saville (2002), que aborda la industria lítica tallada de algunos recintos ingleses. Además de tratar un tipo de evidencias generalmente secundarias en las publicaciones, cuestiona muchas asunciones de los investigadores respecto a las posibilidades de este material (y

otros) a la hora de valorar la dicotomía doméstico/ritual de los recintos.

Durante los últimos años se ha incrementado el número de publicaciones que tratan los recintos europeos del VI-III milenios cal AC (Andersen 1997; Darvill y Thomas eds. 2001; Gibson ed. 2002; Guilaine dir. 2001; Oswald *et al.* 2001). Esto es especialmente importante, teniendo en cuenta que la anterior compilación sobre la materia se publicó en la década de los 80 (Burgess *et al.* 1988). Desde entonces se ha dado un aumento espectacular de evidencias arqueológicas, resultado de la aplicación de técnicas geofísicas, fotografía aérea, prospecciones sistemáticas y excavaciones en extensión. Al margen de sus funciones específicas (ritual, habitacional...), estos recintos son la manifestación arqueológica más significativa del proceso social que denominamos Neolítico: “el primer hombre a quien, cercando un terreno, se lo ocurrió decir *esto es mío* y halló gentes bastante simples para creerle fue el verdadero fundador de la sociedad civil” (Rousseau 1923). La colección de artículos fomenta la necesidad de abordar de forma crítica y comparativa este proceso. Para ello, y como bien evidencia el volumen, se requiere de una buena contextualización de los fenómenos regionales.

- ANDERSEN, N.H. 1997: *The Sarup Enclosures. The Funnel Beaker Culture of the Sarup site including two causewayed camps compared to the contemporary settlements in the area and other European enclosures*. Jutland Archaeological Society Publications, 33, 1. Arhus.
- BURGESS, C., TOPPING, P., MORDANT, C. y MADISON, M. 1988: *Enclosures and Defenses in the Neolithic of Western Europe*. Oxford. British Archaeological Reports, International Series 403.
- BURNEZ, C. y LOUBOUTIN, C. 2002: “The Causewayed Enclosures of Western-Central France from the Beginning of the Fourth to the End of the Third Millennium”. En G. Varndell y P. Topping (eds.): *Enclosures in Neolithic Europe. Essays on Causewayed and Non-Causewayed Sites*. Oxbow Books. Oxford: 11-27.
- DARVILL, T. y THOMAS, J. (eds.) 2001: *Neolithic Enclosures in Atlantic Northwest Europe*. Oxford. Neolithic Studies Group Seminar Papers, 6. Oxbow Books.
- GIBSON, A. (ed.) 2002: *Behind Wooden Walls: Neolithic Palisade Enclosures in Europe*. British Archaeological Reports International Series 1013. Archaeopress. Oxford.
- GUILAINE, J. (dir.) 2001: *Communautés villageoises du Proche-Orient à l’Atlantique (8000-2000 avant notre ère)*. Paris. Éditions Errance.
- OSWALD, A., DYER, C. y BARBER, M. 2001: *The Creation of Monuments: Neolithic Causewayed Enclosures in the British Isles*. Swindon. English Heritage.
- ROUSSEAU, J.J. 1923: *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <http://cervantesvirtual.com>

- SAVILLE, A. 2002: "Lithic Artefacts from Neolithic Causewayed Enclosures: Character and Meaning". En G. Varndell y P. Topping (eds.): *Enclosures in Neolithic Europe. Essays on Causewayed and Non-Causewayed Sites*. Oxbow Books. Oxford: 91-105.
- TINEVEZ, J.Y. 2002: "The Late Neolithic settlement of La Hersonnais, Pléché in its regional context". En G. Varndell y P. Topping (eds.): *Enclosures in Neolithic Europe. Essays on Causewayed and Non-Causewayed Sites*. Oxbow Books. Oxford: 37-50.
- VAQUER, J. 2002: "Le Mourral, Trèbes (Aude) and the final Neolithic circular enclosures of the Languedoc". En G. Varndell y P. Topping (eds.): *Enclosures in Neolithic Europe. Essays on Causewayed and Non-Causewayed Sites*. Oxbow Books. Oxford: 28-36.

Pedro Díaz-del-Río

Departamento de Prehistoria
Instituto de Historia (CSIC)
C/ Serrano 13,
28001 Madrid
Correo electrónico: diazdelrio@ih.csic.es

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA y JUAN JAVIER ENRÍQUEZ NAVASCUÉS (eds.): *El megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo)*, Extremadura Arqueológica, VIII, Junta de Extremadura. Consejería de Cultura, Mérida, 2000, 504 pp. ISBN 84-7671-652-4.

El medio millar de páginas que componen este volumen, redactadas por casi tres decenas de estudiosos, no son las actas de ninguna reunión o congreso sobre el horizonte megalítico en Extremadura, sino una recopilación de artículos con la que sus editores persiguen –al tiempo que rendir homenaje a la memoria de don Elías Diéguez Luengo, infatigable paladín de los dólmenes de Alcántara– paliar la proverbial dispersión de las publicaciones regionales sobre el tema. El resultado es un libro muy oportuno en el que se da cuenta de la importante renovación documental acaecida en los últimos veinte años (¡qué lejos los tiempos en los que el megalitismo extremeño se reducía a Lácara, La Granja de Toniñuelo o los dólmenes de Alcántara!), al tiempo que se chequea la investigación más reciente, todo ello, según se hace constar expresamente en las páginas introductorias, bajo la forma no de una síntesis sino de un *compendium* de frutos yuxtapuestos. Una suma, pues, de veinte contribuciones de contenido relativamente diverso, que se ofrecen al lector agrupadas de acuerdo con cinco grandes áreas temáticas: *Estudios generales*, *Zonas megalíticas*, *Arte megalítico*, *Conservación*, y *Bibliografía comentada*.

Como es usual en este tipo de obras, se parte de un recorrido historiográfico en el que J.J. Enríquez Navascués rastrea el pasado más reciente de los dólmenes extremeños (a través de tradiciones y topónimos, de la advocación a determinados santos y, no tan ex-

cepcionalmente, de depósitos arqueológicos tardíos), para acabar centrándose en lo que es su principal objetivo: el análisis pormenorizado de la historia de la investigación. Una historia relativamente precoz para lo que es común en España, pues se inicia con una serie de noticias del siglo XIX, en su mayor parte ingenuas y casi, como se lamenta el autor, reducidas a la notificación de los daños sufridos por no pocos yacimientos, pero que en ocasiones acreditan la curiosidad de determinados personajes por indagar sobre los detalles estructurales de los dólmenes (Pêche y Valle, por ejemplo, describe el peristalito de Granja de Toniñuelo) o la sagacidad de otros (el Marqués de Moncalud) para advertir se trataba de enterramientos colectivos y no, como decía el tópico romántico, de mansiones de druidas. El resto es más conocido: la madurez de la primera síntesis de Mérida; los afanes del matrimonio Leisner, que arrancan del estudio de Guadalperal (una desafortunada y excesiva –se insiste en ello– excavación de Obermaier) y, por fin, la entrada en la modernidad con Almagro Basch, bajo cuyo impulso se practican excavaciones, se publican memorias y hasta se promueve la consolidación de ruinas tan emblemáticas como las de Lácara: una pequeña Edad de Oro, sin duda, pero incomparable con el abigarrado plan de actuaciones impulsado en los tres últimos lustros.

Sólo quien no sepa que P. Bueno Ramírez defendió en 1987 una tesis doctoral sobre *El Megalitismo en Extremadura* se sentirá sorprendido por el elevado número y la amplitud de los escritos que en este libro llevan su firma: seis y 236 páginas. El primero de ellos es una densa síntesis regional, que como mínimo hay que tildar de muy meritoria por lo complicado de ordenar y de dar sentido a una documentación tan amplia (176 sepulturas en Cáceres y en torno a 80 en Badajoz), tan dispersa y tan heterogénea como la manejada; pero el resultado, como reconoce con cierto desaliento la propia Bueno, es sólo un *status quaestionis* muy básico y provisional debido al menguado número de dólmenes excavados científicamente, a la escasez de datos analíticos (polen, fechas C14), a la prácticamente absoluta falta de información –salvo en los *tholoi* del Guadiana– sobre los osarios que presumiblemente contuvieron los monumentos, o a la persistente "invisibilidad" de las estructuras habitacionales de quienes construyeron y utilizaron estos. Sin embargo es evidente que tales carencias alternan con avances incuestionables como el reconocimiento de una excepcional variedad de arquitecturas, frente a la ecuación tradicional megalito extremeño = dolmen de corredor. Y es que por mucho que predominen los grandes sepulcros con pasillo –por cierto, en el norte de Cáceres siguiendo el sistema "beirano" de cámaras circulares amplias, con numero alto de ortostatos y con varias líneas de contrafuertes o peristaltos tumulares), no así en Alcántara o Lácara donde se impone el "alentejano" (cámaras normalmente de siete ortostatos arqueados, que buscan apoyo entre sí)–, ahí están también las tumbas de cúpula, como punto más avanzado de la trayectoria megalítica regional, y un

sinnúmero de dólmenes simples que -de acuerdo con Bueno, quien se apoya para afirmarlo en los ajuares evolucionados de algunas pequeñas arquitecturas de Alcántara- serían asimismo tardíos, en contra de la propuesta efectuada hace años por Arnaud para los “protodólmenes” alentejanos.

Visión bien distinta de los megalitos aportan Martín Bravo y Galán Domingo, al analizarlos como elementos del paisaje partiendo de la lógica de que, tras concentraciones y emplazamientos tan diversos como los que con frecuencia manifiestan los de Extremadura, necesariamente deben subyacer también motivaciones diferentes. Harán especial hincapié para ello en el reconocimiento de dos patrones de distribución opuestos —el de las grandes concentraciones dolménicas de los sectores más occidentales (muy en la línea de lo que se advierte en el centro de Portugal) y el de los monumentos aislados y de gran porte, más comunes conforme se avanza hacia el este— y acabarán por deducir, muy convincentemente, que estos últimos, sin perder por supuesto su condición de yacimientos funerarios, fueron instalados deliberadamente en puntos clave desde el punto de vista de las comunicaciones (llamativos hitos en zonas de paso), obteniendo así un rendimiento añadido de su carácter monumental.

La loable pretensión de J. Jiménez Guijarro, en el cuarto de los *Estudios*, de despejar el rol desempeñado por el megalitismo en el todavía oscuro proceso de neolitización del interior peninsular, apenas se ve cumplida. El nudo gordiano estriba en saber qué clase de relación existió entre el grupo de las cerámicas impresas tipo La Horca o El Conejar y las comunidades megalíticas, arriesgando el autor la hipótesis de que una y otra realidad arqueológica representan sendos *phyla* étnicos, simultáneos (habrían coincidido en torno al 4000. A.C.) pero por completo independientes. El planteamiento, que no deja de recordar al que años atrás defendiera Cava en relación con el País Vasco o a la clásica explicación del megalitismo atlántico como respuesta indígena al avance de los colonos agrícolas de la LBK, reivindica una profunda raíz epipaleolítica para los geométricos dolménicos e incluso formas de vida estrictamente depredadoras para las comunidades megalíticas. Es posible, sin embargo, que algunos datos no encajen del todo en esta formulación: de una parte la evidencia de que en la Meseta las más antiguas fechas del Neolítico “de las impresas” superan con mucho las de los más precoces dólmenes; de otra, los testimonios cada vez más frecuentes de cerámicas del llamado Neolítico Interior (por más que deliberadamente se excluya la vajilla del capítulo de las ofrendas) y de indicios de agricultura en los túmulos megalíticos de las tierras centrales de la Península; y, por último, la propia dificultad teórica de que la construcción de monumentos de tanta entidad como los megalitos pudiera haberse gestionado en el seno de comunidades sin excedentes consolidados. Queda pendiente, pues, el problema de la invisibilidad del habitat dolménico, por más que tanto aquí como en otros trabajos de este mismo volumen se apunten posibles

soluciones, apelando para ello tanto a la documentación de ciertos habitats portugueses de la zona del Mondego (Ameal VI), como a la conveniencia de abordar la cuestión asumiendo se trata de un fenómeno recurrente entre el Neolítico y el final de la Edad del Bronce que afecta por igual a todo el territorio atlántico peninsular.

Aunque, por su magnitud, no sea viable un repaso pormenorizado del contenido de los trabajos que se agrupan bajo el epígrafe *Zonas megalíticas*, el interés de muchos de ellos nos obliga a un comentario siquiera breve. Por ejemplo, en relación con los dólmenes de Alcántara, que analizan Bueno, Balbín, Barroso, Aldecoa y Casado, no dudamos en subrayar la providencial contextualización en Trincones I, Juan Ron y Maimón de los celeberrimos ídolos-placa, que invita a interpretar estas piezas como complementos simbólicos de las estelas y estatuas megalíticas (lo acredita su relación espacial), además de dar pie a la sospecha de que proceden de talleres locales con circuitos de distribución muy concretos por la Beira, el Alentejo o la Meseta. De la contribución de J. de Oliveira sobre el área de Cedillo destacaríamos la confirmación, gracias a las fechas C14 de Joaniña, de la simultaneidad de los megalitos de pizarra respecto a los graníticos que obliga a preguntarse por qué en algunos casos se opta por estos últimos, mucho más costosos en términos de inversión de energía, y no por aquellos. Y en el caso de las investigaciones de Montehermoso resulta bien visible el atractivo de las hipótesis de Ruíz-Gálvez sobre la movilidad trasterminante de las comunidades megalíticas locales, ubicadas en tan significado cruce de caminos naturales, y de la observación, basada en la particular orientación de los corredores de las tumbas, de que la ocupación del sitio se produjo a partir del otoño, lo que permitiría a sus titulares aprovechar los frutos de un paisaje adehesado que, a juzgar por la información polínica de El Tremedal, ya pudo existir por entonces.

El mismo alto nivel encontramos en los estudios regionales referidos al que autores consagrados, como A. Sherratt, no dudan en denominar “segundo megalitismo”, esto es a los monumentos funerarios de una época —en nuestro caso prácticamente la Edad del Cobre— en la que el antes elusivo habitat se explicita, en consonancia con el avance de la vida sedentaria, y en la que las tumbas, de estructura ligeramente renovada, dejan de ser elementos autónomos en el paisaje para convertirse en meros complementos de la sede de los vivos. Esta imagen, acreditada desde hace años en el Guadiana y, en general, en la provincia de Badajoz, se enriquece ahora con el avance al estudio del hipogeo nº 3 de La Pijotilla (Hurtado, Mondejar y Pecero), que con sus información paleodemográfica, nutricional, de parentesco, de distribución de ajuares, de exposición (no inhumación) de cuerpos, etc., anuncia una visión sensiblemente renovada de los ritos funerarios megalíticos en Extremadura. También contribuye a mejorar el conocimiento de esta etapa un trabajo específico sobre los ídolos-falange (cuyos soportes se limitan a metacarpos de ciervo y caballo) del ya no menos célebre *tholos* de

Huerta Montero (Ortiz y Blasco), a través del cual se insiste en el cosmopolitismo de este tipo de iconos, idénticos a los millarenses y a los del Suroeste. Y en la misma línea hay que valorar el esfuerzo titánico -y, nos atreveríamos a decir, definitivo, porque difícilmente se obtendrá más de este yacimiento en el futuro- de Carrasco Martín por redimir científica y patrimonialmente el tan legendario como desvencijado sepulcro de la Granja de Toniñuelo. Mas si algo ha de llamar la atención del lector mínimamente introducido en estos temas ello será la constatación de que este “segundo megalitismo”, que durante muchos años se creyó circunscrito al Guadiana y a las tierras meridionales de la región, se manifiesta con idéntica fuerza en el extremo septentrional de la provincia de Cáceres, cual demuestra el formidable conjunto de poblado (fortificado) y necrópolis (casi medio centenar de tumbas de cúpula) de un yacimiento de la Vera, El Canchal de Jaraíz, en el que nada sorprendentemente menudean ya los elementos de metal (Bueno, Cordero y Rovira).

A estas alturas, apenas encontrará fuerzas el lector para abrirse paso en la síntesis sobre arte megalítico extremeño que de nuevo presenta Bueno -ahora acompañada en la firma por R. de Balbín- máxime cuando no poca parte de su información y de sus argumentos ya han aparecido, nada gratuitamente, en contribuciones anteriores. Pero que, como se dice allí, los megalitos que se conocen con arte sean hoy en Extremadura casi veinte frente a los tres inventariados en 1981 por E. Shee; que sus manifestaciones nada tengan que envidiar en técnica (además de los consabidos grabados, hay pintura negra y roja), temática e iconografía a las del afamado grupo de Viseu; que los motivos y composiciones de dichos monumentos reiteren los de otros “fenómenos artísticos” de la prehistoria extremeña (Pintura Esquemática y Grabados del Tajo), actuando en cada caso como marcadores territoriales de áreas específicas; o que las muestras de arte del “segundo megalitismo” revelen absoluta continuidad ideológica respecto a las del momento inicial, son percepciones todas ellas de una notoriedad insoslayable y, desde luego, fruto de un encomiable trabajo de campo.

La preocupación pública por la protección y la conservación del exuberante patrimonio megalítico de este sector de la Península -que no podía quedar al margen de una obra como ésta, fruto, no se olvide, de una iniciativa de la Consejería de Cultura del gobierno de Extremadura- se materializa en la contribución de Jiménez Avila y Barroso Expósito. Tal vez el mayor desafío al que se enfrentó la comunidad autónoma al asumir hace veinte años las competencias en materia de cultura fue la protección de un patrimonio arqueológico cuyo volumen y entidad se desconocían, de ahí el enorme esfuerzo de catalogación (“saber qué proteger”) efectuado en los tiempos recientes, que en el ámbito del megalitismo se traduce en el inventario actual de nada menos que 350 dólmenes frente a los 113 consignados en 1999. Pero el convencimiento, como señalan los autores, de que la sólo catalogación de los megalitos no basta para protegerlos se ha tra-

ducido además en multitud de interesantes iniciativas municipales y autonómicas orientadas a su recuperación y difusión (Alcántara, Barcarrota, Cedillo, Lácar, Montehermoso, Toniñuelo, Valencia del Alcántara), siempre desde la confianza de que el clima de expectación y de respeto surgido en torno a los monumentos habrá de ser en el futuro la más firme herramienta para su salvaguarda.

En conclusión, por lo que supone de acopio de información inédita, de recopilación y estado de cuestión, de renovado punto de partida para futuras investigaciones e, inclusive, de herramienta de control patrimonial, la opinión que nos merece este libro sobre *El Megalitismo en Extremadura* es resueltamente positiva. Otra cosa es que su eficacia como fuente de conocimiento hubiera podido mejorar de haber cuidado los editores ciertos detalles. Y es que la decisión de anteponer en el volumen los *estudios generales* (las síntesis, se supone) a las *zonas megalíticas* (por oposición, los datos) no es afortunada; ni tampoco privar a algunos de los trabajos incluidos en éstas últimas, o al ensayo sobre arte megalítico de la tercera parte, de la condición de estudio general. Tal vez otro tipo de estructuración auténticamente temática hubiera resultado más práctica (las arquitecturas, los rituales, los ajuares, el mundo de los vivos, los paisajes...) y, sobre todo, podría haber evitado un sinnúmero de fatigosas repeticiones como las que se producen entre la síntesis general extremeña y las regionales, o entre el estudio historiográfico y el bibliográfico. Inclusive, puestos en el lugar de los editores, también habríamos sido inflexibles a la hora de prescindir de un trabajo sobre cierto altar rupestre de Lácar, tan interesante como falto de sentido en este tomo, desde el momento en que en el mismo se renuncia por completo a lo que aquí debería haber sido esencial -su relación con el inmediato campo megalítico- para explayarse en la problemática más general de las “peñas sacras”. Y, por último, si reconocemos el acierto de incluir una *bibliografía comentada*, porque constituye un excelente y nada aparatoso *vademecum* para saber quien es quien (o quien fue quien) en la investigación del megalitismo extremeño, resulta inexplicable que no se haya elaborado al final una única lista bibliográfica, evitando el lógico y reiterado solapamiento de entradas que se produce en las diecinueve (una por cada artículo) particulares. Ese es, también, trabajo de editor y sin duda se echa en falta en un libro de la categoría del que comentamos.

Germán Delibes de Castro

Dpto. de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Valladolid
Plaza del Campus s/n
47011 Valladolid

ROSA MARÍA BARROSO BERMEJO: *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo*

superior (Prehistoria I), Universidad de Alcalá y Diputación de Guadalajara, Madrid, 2002, 252 pp., 62 figs., ISBN 84-8138-533-6.

En los últimos tiempos la investigación de los momentos finales de la Prehistoria reciente en la Meseta peninsular está experimentando significativos avances de cara a la clarificación de su secuencia, y a la comprensión de la incómoda cuestión de la transición entre las Edades del Bronce y del Hierro.

La obra que nos ocupa constituye la versión editorial de la Tesis Doctoral dedicada por Barroso a dicha problemática en un sector del Norte de la Submeseta Sur. La elección de la amplia región estudiada (provincias de Madrid y gran parte de Guadalajara) resulta muy acertada, pues como se muestra en la obra, se trata de un registro arqueológico homogéneo que los distintos investigadores han parcelado excesivamente.

Uno de los mayores méritos del trabajo doctoral, y ante la imposibilidad de desarrollar trabajos de campo propios, consiste en la presentación sistematizada de una información heterogénea, dispersa y parcial. Esta tarea recopilatoria le permite ofrecer una visión crítica y sintética sobre una realidad que a pesar de la variabilidad de sus manifestaciones materiales concretas, presenta significativas regularidades que la autora se afana por caracterizar.

Las dificultades que tal empresa ha encontrado son considerables, y limitan las conclusiones que se coligen de su investigación. Comenzando por el registro arqueológico con que se enfrenta, éste incluye yacimientos tan espinosos y de interpretación tan poco unívoca como los campos de hoyos de Cogotas I. La base empírica de que dispone se caracteriza por su deficiente estado de elaboración, una exasperante falta de publicaciones de los trabajos arqueológicos emprendidos y el fuerte arraigo del historicismo-cultural como marco metodológico e interpretativo de la problemática abordada en ese sector.

A pesar de ello, los objetivos quedan ampliamente cumplidos, a través de una investigación inscrita en los parámetros del historicismo-cultural. La utilización en su discurso de categorías tales como *círculos culturales*, *facies* y *horizontes*, o el interés por el origen o génesis de los grupos arqueológicos así lo indican. Sin embargo su análisis, de corte tradicional, se enriquece con un eminente interés por las cuestiones socioeconómicas y los contextos funcionales de las entidades que estudia.

El trabajo desde coordenadas con fuertes resabios tradicionalistas caracteriza las investigaciones centradas en los momentos finales de la Prehistoria reciente del Tajo superior, donde aún es evidente el modelo difusionista moderado asociado al fenómeno de los Campos de Urnas, y a la explicación del cambio cultural entre los grupos autóctonos del Bronce Final y un Primer Hierro repleto de novedades. La falta de contrastación de modelos antropológicos ajustados a estas sociedades y la indefinición de los contextos sociohistóricos en que funcionaron, perpetúan una práctica arqueológica particularista y culturalista, en cuya na-

rrativa académica persisten con notable arraigo las cuestiones de etnogénesis basadas en rasgos de la cultura material, bien de raigambre céltica (Valiente 1998) o mediterránea (Arenas 1999).

Este volumen ha de valorarse junto a la cada vez más amplia serie de aportaciones que están permitiendo una mejor caracterización de los Bronce Finales regionales a ambos lados del Sistema Central (p.e. Barroso 1993; Quintana y Cruz 1996; Fabián 1999) en la línea de trabajo que Fernández-Posse (1998: 137-140) considera prioritaria para el esclarecimiento de los términos en que ha de comprenderse la articulación de los últimos grupos del Bronce Final y las comunidades del Primer Hierro locales.

Dicho lo cual, no puedo dejar de marcar mis discrepancias con el enfoque adoptado por la autora. Creo que los puntos débiles de su argumentación se deben en gran medida al uso poco crítico de los esquemas periodizadores normativistas como marco de la interpretación histórica, lo cual acarrea no pocas contradicciones difíciles de eludir. Ello se constata desde el capítulo dedicado al Bronce Medio como momento previo al que se pretende caracterizar. Bajo esta denominación reconoce dos *facies* regionales; el *horizonte Los Vascos* y el *Bronce Clásico*. Como ya se señaló hace años (Ruiz-Gálvez 1984) el término Bronce Medio resulta totalmente inadecuado al registro arqueológico peninsular, al proceder de esquemas apriorísticos de patrón europeo. Como reconoce la autora a partir de la documentación que sintetiza, la sensación de continuidad entre estas *facies* y Cogotas I es total, salvo las consabidas modificaciones en el repertorio cerámico. Por tanto no se puede aislar un Bronce Pleno o Medio y las *facies* ceramológicas no resultan entidades significativas para la explicación del proceso histórico.

Más aún; si, como se afirma a lo largo de la obra, se observa una notable continuidad entre los grupos del Bronce Medio y el Bronce Final Cogotas I, tanto en las características de los asentamientos, en las prácticas subsistenciales, en los patrones de poblamiento o en el tratamiento de los muertos... ¿qué diferencia pues al Bronce Final de la etapa anterior? El criterio utilizado es el mismo que permite a la autora definir unos grupos de transición Bronce Final/Primer Hierro o comunidades del Primer Hierro: diferencias poco explícitas en el conjunto de rasgos que definen cada cultura, aun cuando algunas producciones materiales y ciertas prácticas son compartidas por grupos que pertenecen a distintas entidades taxonómicas.

La caracterización de los Bronces Finales locales, así como su nebulosa distinción de los grupos del Primer Hierro pone cada vez más en tela de juicio la validez de los argumentos tradicionales para definir unidades de análisis. En el caso de 'Cogotas I', su polisemia y el uso ambiguo que se ha hecho de esta denominación, permiten que en ocasiones no se sepa bien de qué se está hablando. Para la etiqueta 'Bronce Final', no queda clara su definición si acoge tanto a manifestaciones de Cogotas I en fluida continuidad con el supuesto Bronce Medio, así los yacimientos de La

Fábrica o Arenero de Soto, junto a poblados excepcionales como La Muela de Alarilla o Ecce Homo y también junto a nuevas *facies* como las creadas a partir de Pico Buitre y el Cerro de San Antonio. Y bajo las mismas premisas, tampoco se entiende bien qué diferencias hay entre los grupos de la transición Bronce Final/Primer Hierro y los del Primer Hierro *sensu stricto*, salvo ciertas distinciones de matiz (presencias/ausencias de técnicas decorativas cerámicas, comparación de los primeros hierros, de las primeras cerámicas a torno...).

El problema de fondo es la inadecuación de las entidades arqueográficas tradicionales a los procesos históricos de la Prehistoria reciente de la Meseta peninsular, con unas taxonomías centradas en cambios ceramológicos y en esquemas apriorísticos poco operativos. Tal vez resulte más adecuado aplicar otras categorías de análisis social cuyos criterios de definición se establezcan de forma explícita, de forma que cada entidad taxonómica se corresponda con un contenido sociohistórico concreto.

En la secuencia cultural con que concluye el estudio, se llega a una solución de compromiso, en la que las continuidades pesan tanto como las rupturas. El reconocimiento de distintos Bronces Finales como protagonistas de los trascendentales cambios acaecidos hacia 800 cal AC es un significativo avance, en la línea argumental de lo que se viene detectando en otros sectores meseteños (Quintana y Cruz 1996). Sin embargo, la indefinición de las características comunes a esa variedad fenoménica, y las dificultades para integrar los esquemas taxonómicos en la interpretación histórica del proceso restan efectividad al modelo propuesto por la autora.

En cualquier caso estas puntualizaciones no hacen desmerecer la obra, que constituye una excelente y necesaria visión sintética, en una línea de trabajo que contribuirá a arrojar algo más de luz sobre estas auténticas épocas oscuras del final de la Prehistoria reciente en la Meseta peninsular.

- ARENAS ESTEBAN, J. A. 1999: "El inicio de la Edad del Hierro en el sector central del Sistema Ibérico". En A. Arenas y M^a.V. Palacios (coord.): *El Origen del mundo Celtibérico. Actas Encuentros sobre el Origen del Mundo Celtibérico*, Guadalajara: 191-212.
- BARROSO BERMEJO, R. M. 1993: "El Bronce Final y la transición a la Edad del Hierro en Guadalajara". *Wad-Al-Hayara* 20: 9-44.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. 1999: "La transición del Bronce Final al Hierro I en el sur de la Meseta Norte. Nuevos datos para su sistematización". *Trabajos de Prehistoria* 56 (2): 161-80.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a. D. 1998: *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Síntesis, Madrid.
- QUINTANA LÓPEZ, J. y CRUZ SÁNCHEZ, P.J. 1996: "Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte. (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LXII: 9-78.

RUIZ-GÁLVEZ, M. L. 1984: "Reflexiones terminológicas sobre la Edad del Bronce peninsular". *Trabajos de Prehistoria* 41: 323-42.

VALIENTE MALLA, J. 1998: "Sobre la celtización de Atienza y su comarca". *Wad-Al-Hayara* 25: 65-90.

Antonio Blanco González

Dpto. de Prehistoria, H^a Antigua y Arqueología
Facultad de Geografía e Historia
C/ Cerrada de Serranos s/n
37002 Salamanca
Correo electrónico:
ablancoglez@hotmail.com

M.A. DE BLAS CORTINA y A. VILLA VALDÉS (eds.): *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Actas de Coloquios de arqueología en la cuenca del Navia: homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández Vallés. Navia: Ayuntamiento de Navia. 2002. 366 pp. ISBN 84-86889-95-2.

En una cuidada edición coordinada por M. A. de Blas y A. Villa se publica de forma casi íntegra el coloquio celebrado en octubre de 2000 en Navia. Como toda publicación de este tipo, el volumen resulta amplio y variado, especialmente en las perspectivas de análisis del registro y las lecturas que de él se proponen. Como señalan los editores, conviene poner en relación este volumen con la reciente revitalización de los trabajos relativos al ámbito castreño del noroeste, en este caso referidos sobre todo a las áreas astur y meseteña. Lo más relevante de esta tendencia, desde mi punto de vista, es que se base no tanto en el incremento cuantitativo del registro disponible (que también, sin duda) como en la incorporación de un registro mejor construido, examinado desde formulaciones analíticas más complejas y ricas. El propio libro es un buen ejemplo, tanto en los trabajos que ofrecen resultados de proyectos de campo (A. Villa para Chao Samartín, J. Celis para el castro de Chano o las notas más bien metodológicas de L. Berrocal *et al.* acerca de El Llagú) como en la mayor parte de las lecturas interpretativas.

Esta homogeneidad de contenidos permite detectar dos grandes áreas de discusión que, por otro lado, cabe hacer extensivas al conjunto de la investigación actual sobre este mundo. La primera se centra en la caracterización de los procesos socio-políticos de la Edad del Hierro y la integración de las comunidades indígenas en la estructura del imperio romano. La segunda se refiere a la dialéctica entre la presunta unidad cultural y la variedad regional del mundo castreño, visible en distintos ámbitos formales de la cultura material.

La mayor parte de los trabajos incluidos en el texto permiten detectar cómo la variedad regional de lo que arqueológicamente puede definirse como mundo castreño parece cada vez más definida. El panorama

disponible en áreas tan cercanas como el occidente y el oriente asturianos (trabajos de A. Villa y J. Camino), el noroeste de la Meseta (J. Celis), la zona del Bierzo (J. Sánchez-Palencia *et al.*) o Cantabria (E. Peralta) es, si no divergente, sí diverso. Como señalan por ejemplo M. Almagro o F. Arias, el propio concepto de castro es en parte el “culpable” de una tradición investigadora que ha tendido a unificar amplias áreas de la península con procesos históricos diversos dentro de una misma “cultura arqueológica”. Es cierto que en toda esta zona, a diferencia de gran parte de la Edad del Hierro europea, se sucede una única forma básica de poblamiento, el castro, sin formas de asentamiento abiertas que, por más que se pueda suponer que existan (como propone J. Camino para el oriente asturiano), hasta la fecha sólo han sido documentadas en plena ocupación romana. Sin embargo esto no es sino un rasgo más o menos homogéneo de un conjunto de áreas en las que, ya desde inicios de la Edad del Hierro, se detectan procesos históricos y formas de registro diferentes. Ahora bien, estos trabajos son un perfecto ejemplo de cómo los paradigmas interpretativos basados en las ideas de focos y periferias culturales, irradiaciones e influjos, se van superando y reemplazando por un discurso en el que se apela más bien a nociones basadas en diferentes dinámicas históricas (aunque este impulso quizá sea aún incipiente, son sugerentes al respecto algunas de las prevenciones de Ríos y García de Castro 2001). Esto se observa por ejemplo en los inicios del proceso; pienso en la similitud del registro del Bronce Final que J. Celis dibuja para el noroeste de la meseta con el que se conoce para el sur de Galicia y norte de Portugal y que contrasta vivamente con la debilidad del poblamiento de este período en otras áreas. Pero también en sus postrimerías, como se ve en las diferentes formas y ritmos del proceso de transformación en época romana que, como señalan C. Fernández Ochoa y A. Morillo, hacen que, mientras el castro se mantiene como forma básica de asentamiento al menos hasta fines del s. I en zonas como el occidente de Asturias, en el oriente asturiano o el noroeste de la Meseta se produce una sustitución mucho más temprana por formas de asentamiento abiertas. Y se observa también en diferentes ámbitos del registro, como por ejemplo muestra G. Delibes, para quien las particularidades de la orfebrería astur (que propiamente se localiza en el área leonesa y zamorana) no son sólo formales (tipos de piezas, diseños, tecnología o materiales empleados) sino también cuantitativas (mayor escasez de piezas que en el área “galaica”) y esto tal vez se pueda poner en relación con contextos de diferente complejidad, en los que la “demanda” social de este tipo de piezas es diferente.

En cuanto al estudio de los procesos históricos, se aprecia un énfasis especial en el análisis de lo sucedido a partir de la ocupación romana. El debate sobre la romanización del noroeste es una cuestión con gran espesor que, como enfatizan C. Fernández Ochoa y A. Morillo, ha sido tratada mucho tiempo a partir de formulaciones tópicas basadas en negar o minimizar su existencia. Actualmente, de hecho ya desde hace algu-

nos años, se ha ido imponiendo la idea que ambos autores manejan de un proceso romanizador no menor sino diferente, caracterizado según apuntan por tres condicionantes esenciales (la geografía, su mayor retardo cronológico y el importante papel del ejército, que desde otro punto de vista resalta también E. Peralta). Sin anular la relevancia de estos factores, me parece que hay otro que es aún más influyente y que ha sido ampliamente desarrollado por I. Sastre (Sastre 2001): el carácter esencialmente rural de este proceso, basado más en la transformación de las poblaciones locales que en una fuerte implantación urbana o en la aportación de nuevos pobladores.

Sin embargo, a pesar de la importancia de esta reformulación, uno tiene la impresión de que en ocasiones la cuestión se limita a debatir la “cantidad” de la romanización del noroeste, a combatir la idea tradicional de que fue poco romanizado, cuando tal vez resultaría más provechoso renunciar a una discusión cuantitativa y centrarse en caracterizar los procesos históricos desarrollados durante lo que tradicionalmente conocemos como romanización y que, de hecho, es un término en sí bastante confuso y equívoco. Ahora bien, buena parte de los trabajos que abordan el tema, también en este libro, tienden a un análisis que puede resultar parcial, al atenderlo desde un punto de vista único: si bien se formula el proceso como una cuestión dialéctica de transformación de unas comunidades y formaciones sociales debida a su integración en una estructura imperial, lo cierto es que los factores manejados para comprenderlo tienden a ser únicamente los del agente “conquistador”. Así, las modificaciones presentes y ausentes en el registro se interpretan unívocamente a partir de las estrategias de ocupación y conveniencia del estado romano, que se convierte así no sólo en el principal (que sin duda lo fue) sino en el único agente involucrado en la conformación de la nueva realidad social.

Podemos plantear la cuestión de otro modo. Parece indudable que el sistema de ocupación del territorio basado en castros empieza por modificarse y termina por desaparecer, pero que lo hace de forma temporalmente desigual y en muchos casos retardada con respecto al proceso inicial de ocupación y reorganización romana. Luego ésta ha de ser caracterizada, pero también ese retardo, en función de qué circunstancias se produce. Efectivamente el problema parece estar en analizar únicamente los procesos de cambio, que son indudables, a costa de desatender por completo las posibles formas de resistencia al mismo, en forma de continuidades que, por más que sean poco relevantes en términos políticos, pueden tener su sentido en términos, digamos, culturales. En este sentido analizar y reconocer en el registro formas de continuidad no ha de considerarse necesariamente un *a priori* en el proceso de investigación, no supone negar la existencia de procesos de cambio sino en todo caso contribuir a caracterizarlos y reconocerlos. Un ejemplo es lo que muestra A. Villa en Chao Samartín que, pese a constituirse en un asentamiento amplio y complejo, seguramente funcionando como “lugar central” en época

romana, aún en época flavia conserva una estructura de ocupación que mantiene los rasgos fundamentales de la estructura prerromana. La transformación de las dimensiones del poblado marca un cambio notable, sin duda, pero la adecuada comprensión de ese cambio pasa por reconocer que también implica formas de continuidad, las cuales no han de ser comprendidas necesariamente, y esto es importante, como un mantenimiento solapado indefinido sino seguramente como una resistencia que, como el registro muestra sin lugar a dudas, terminará desapareciendo.

En este contexto me permito sugerir hasta qué punto la variabilidad regional detectada desde al menos el final de la Edad del Bronce no podría ser un factor a tomar en cuenta a la hora de caracterizar las diferentes materializaciones que se documentan durante el período romano. Insisto en que no se trata de despreciar el papel de las necesidades e intereses del estado romano, ni siquiera de negar que éstos son los mecanismos fundamentales que permiten estudiar el proceso; se trata de reconocer que las comunidades locales también habrían jugado un papel activo, basado en primer lugar en su grado de receptividad a la nueva situación política, especialmente cuando el proceso se fundamenta en la modificación de las estructuras de poblamiento preexistentes. De esta forma llegamos a la necesidad de profundizar en la adecuada caracterización de las comunidades prerromanas, con la necesidad de concebirlas como formaciones sociales no estáticas. El asunto es ciertamente complejo, y al respecto el libro refleja aproximaciones basadas esencialmente en la contraposición de dos modelos; el primero, visible en los trabajos de M. Almagro, F. Arias o J. Celis, propone unas formaciones sociales con cierto grado de complejidad y, especialmente para M. Almagro, un relevante papel de la actividad bélica. El segundo modelo, que se desarrolla sobre todo en el texto de M. D. Fernández-Posse, propone unas formaciones sociales carentes de jerarquización, para las que la guerra no habría jugado un papel relevante.

En este juego de lecturas se concede un papel importante a los complejos defensivos. Recientemente se han extendido propuestas que pasan por ampliar su tradicional lectura como meros elementos defensivos (únicamente su sentido "más obvio y superficial", p. 89, Fernández-Posse), y reivindicar su papel como elementos delimitadores, refuerzos de la cohesión comunitaria y símbolos visibles del asentamiento en el espacio (por ejemplo M.D. Fernández-Posse, J. Camino). Se trata, en suma, de enriquecer la visión del castro como monumento, aunque esto no tiene por qué ser contradictoria con la pertinencia de aquellos sentidos más obvios. En efecto, conviene considerar que esas manifestaciones simbólicas se están materializando por medio de un tipo específico de elementos (murallas, fosos, etc.) que además se disponen en asentamientos en cuya construcción se han seguido unas decisiones locacionales guiadas en parte por criterios de inaccesibilidad, que suponen aceptar socialmente unos costes que han de ser tomados como relevantes (sobre los costes sociales de las decisiones locacionales ver Vi-

cent 1991). Otra cosa es valorar la relación de este componente defensivo con la estructura social, porque lo que tampoco puede plantearse es una identificación simplista entre factores defensivos en el asentamiento y formaciones sociales en permanente estado de guerra. Pero esto tampoco significa que la guerra, o el conflicto, o la reciprocidad negativa, sean factores irrelevantes a la hora de caracterizar a estas sociedades. Incluso si los consideramos elementos totalmente simbólicos, estarían condicionando dos factores tan concretos y materiales como la selección del emplazamiento y la construcción de las estructuras más amplias y monumentales conocidas para el mundo castreño, por modestas y poco costosas que puedan llegar a ser.

Otro aspecto controvertido es el grado de complejidad de las formaciones sociales prerromanas. Frente a las lecturas que proponen formas de jerarquización "incipientes" (emplea este término por ejemplo J. Celis), otros trabajos (como los de M. D. Fernández-Posse o J. Sánchez Palencia *et al.*) postulan un contexto escasamente desigual, más bien segmentario. Uno de sus puntos de apoyo esenciales es que el registro castreño de época romana, en el que sí hay evidencias claras de acusada desigualdad social, no puede ser empleado para caracterizar los contextos prerromanos, ya que se corresponde con unas formaciones sociales plenamente transformadas por la acción de la ocupación. Sin embargo esta premisa quiere decir que tampoco debería emplearse ese registro para hacer una caracterización en negativo de los contextos prerromanos; el registro de época romana no nos dice cómo son las formaciones sociales prerromanas, pero tampoco nos dice cómo no son. Volvemos así a la nítida oposición entre cambio y continuidad y a la necesidad de valorar ambos extremos de la balanza sin que asumir uno de ellos implique rechazar por completo el otro. Y de nuevo todo ello se relaciona con la necesidad de revisar la concepción más o menos unitaria y homogénea del conjunto del noroeste castreño, pues parece, por ejemplo, que el modelo de poblamiento cambiante definido en el área estudiada por J. Celis, con un largo espesor temporal y el comienzo del asentamiento fortificado a fines de la Edad del Bronce, es diferente del que presenta M. D. Fernández-Posse para la Zona Arqueológica de las Médulas, con un escaso número de castros prerromanos, ninguno de los cuales parece remontarse más allá del Hierro II, o, en áreas diferentes de las abordadas en este libro, de la compleja secuencia de poblamiento que presenta por ejemplo el valle del Cávado en Portugal (Martins 1990).

El problema estaría, entonces, en hacer una mejor caracterización del registro prerromano en sus propios términos, y para ello algunas colaboraciones del libro apuntan nuevas condiciones que parece importante remarcar. En concreto me refiero al hecho mostrado por A. Villa en Chao Samartín, donde, a pesar de la larga secuencia de uso documentada, es difícil caracterizar adecuadamente los niveles de ocupación prerromanos debido a las muy habituales reutilizaciones de estructuras ocurridas en la reforma de época romana. Sin pretender plantear propuestas maximalistas, tal vez

sería necesario preguntarse hasta qué punto nuestro acceso al registro prerromano está fuertemente condicionado por la forma en la que éste es transformado en época romana.

El hecho de que sería posible seguir planteando y discutiendo asuntos a partir de la lectura de los trabajos contenidos en este libro es el indicador más claro de que el debate relativo al mundo de los castros en general, y al área astur-meseteña en particular, parece recuperar una vivacidad perdida por un tiempo. Y si algo destaca en ella es la incorporación de nuevas perspectivas de análisis del registro, que proporcionan un prometedor marco para la discusión cuya validez es indudable. A todo ello hay que unir, además, la introducción o renovación de las propuestas metodológicas (como muestran los muy interesantes trabajos de V. Rozas y L. Cabo referido a la datación dendrocronológica de contextos de este período, o las observaciones globales de L. Berrocal *et al.*) y, en fin, el crecimiento progresivo en cantidad y, sobre todo, calidad del registro disponible (como muestra el fuerte incremento del número de dataciones de C-14 que ofrece F. Alonso en la que ha sido lamentablemente una de sus últimas publicaciones).

MARTINS, M 1990: *O Povoamento Proto-histórico e a Romanização da bacia do curso medio do Cávado*. Col. Cadernos de Arqueologia, Monografías 5. Braga: Universidade do Minho.

RÍOS GONZÁLEZ, S. Y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, C. 2001: "Observaciones en torno al poblamiento castreño de la Edad del Hierro en Asturias". *Trabajos de Prehistoria* 58 (2): 127-44.

SASTRE PRATS, I. 2001: *Las formaciones rurales de la Asturia romana*. Madrid: Ediciones Clásicas.

VICENT GARCÍA, J.M. 1991: "Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueogeográfica". En P. López (ed.): *El cambio cultural del IV al II milenios a. C. en la comarca NW de Murcia*. Madrid CSIC: 29-119.

Cesar Parcero Oubiña

Laboratorio de Arqueología
Instituto de Estudios Galegos
Padre Sarmiento (CSIC)
Rua San Roque, 2
15704 Santiago de Compostela

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA: *La Toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 16. Studia Hispano-Phoenicia 2. Real Academia de la Historia. Madrid, 2002, 578 pp., 261 figs., LXVIII láms. ISBN: 84-95983-05-2.

Desde la década de los 50 en que García y Bellido, de cuyo nacimiento se cumple el centenario, inicia la primera recopilación de los recipientes de bronce de influencia fenicia, que van a contribuir a la consolidación del término orientalizante, el conjunto de

manufacturas en bronce de procedencia oriental no ha dejado de incrementarse. Otros estudios de conjunto como el de los braseros de Cuadrado, los resultados de las excavaciones sistemáticas de los más importantes conjuntos funerarios del área tartésica y su hinterland, así como el todavía inevitable goteo de hallazgos descontextualizados, han conformado un corpus suficientemente representativo de la toreutica del período orientalizante, que salvo un primer intento de sistematización en la década de los 80, carecía de un detallado análisis y estudio.

Responde este trabajo que se reseña a la necesidad de contar con una completa y detallada sistematización del conjunto de este corpus de piezas en bronce, que permita sustentar, tanto a nivel regional como peninsular, las propuestas de interpretación del complejo y poliédrico período orientalizante del que estos objetos fueron durante mucho tiempo un "fósil-guía" canónico.

El estudio consta de un completo y detallado catálogo documental de 196 piezas, complementado con 68 láminas de gran calidad en las que se reproducen la totalidad de las piezas estudiadas. Las piezas catalogadas son agrupadas tipológicamente para su análisis y estudio en capítulos independientes que abarcan: los jarros, braseros, y otros recipientes junto con timiaterios y materiales asociados, elementos de carro, armas, elementos de mobiliario, figuras exentas y objetos varios. En cada uno de estos capítulos, fruto de un excelente trabajo de investigación; se desarrolla el mismo detallado y exhaustivo proceso de análisis de los elementos seleccionados, a partir de su definición, tipología, paralelos mediterráneos, cronología, aspectos técnicos, producción, función, significado e iconografía. El texto va acompañado en todos los capítulos de una completa documentación gráfica, mapas de distribución, fotografías y dibujos sobre detalles tipológicos de las piezas y sus paralelos más cercanos, así como de una serie de ilustraciones sobre la estructura, montaje y proceso de fabricación de algunos ejemplares concretos. El trabajo se completa con un resumen en inglés, y dos índices, uno onomástico y otro con la referencia de los museos y colecciones a los que pertenecen los materiales estudiados.

Si bien el trabajo incorpora nuevos elementos poco tratados en la literatura científica, como las figuras exentas, los elementos del mobiliario y de carro o las armas, el grueso del estudio lo conforman los tres grupos clásicos de elementos de la toreutica peninsular: los jarros, los braseros y los timiaterios. De modo que un tercio de las piezas catalogadas ocupa para su estudio y análisis más de la mitad del texto, casi el 60 % de las figuras y láminas y la totalidad de las tablas resumen. Estos materiales también configuran el marco cronológico del principal grupo de elementos estudiados, los integrados en la toreutica fenicio occidental. El inicio de la producción de estas piezas se sitúa entre finales del siglo VIII y principios del VII a. C. y su declive en la transición del siglo VII al VI a.C. Durante este período de tiempo también se documentan un reducido volumen de ejemplares de la bronzística

tica fenicia oriental a la que pertenecen las representaciones de deidades que presentan influencias de modelos iconográficos egipcios como el Ptah de Cádiz o la Astarté del Carambolo. Con la crisis del mundo colonial asistimos a la presencia de nuevas manufacturas en bronce entre las que destacan las agrupadas bajo el epígrafe de bronceística hispano-arcaica como el vaso de Valdegamas o el timaterio de la Quéjola, con claras influencias griegas y de gran calidad en sus aspectos técnicos, que son valoradas como producciones de talleres peninsulares de probable influencia colonial.

Son, sin embargo, las piezas agrupadas en la toreutica fenicia-occidental las que constituyen el corpus principal del trabajo. Atribuídas a un "artesanado colonial fenicio que instala sus talleres en el territorio peninsular" presentan elementos comunes como las técnicas de fabricación entre las que destaca la de la "cera perdida" como principal aportación; sistemas de montaje y unión de carácter mecánico y en menor medida de sobrefundido, junto con el pulido final. En las técnicas decorativas estas piezas presentan novedades como el bulto redondo, el relieve, el calado y la incisión, con una escasa utilización de otras como la impresión, el troquelado y el repujado típicas de los talleres fenicios orientales. Por lo que se refiere a la iconografía destacan de un lado las representaciones antropomorfas de figuras femeninas, utilizadas como elementos ornamentales y con atributos de deidades de influencia egipcia. El otro gran conjunto iconográfico comprende el repertorio de animales que se agrupan en reales y fantásticos, si bien se admite la matización de los trabajos de Chapa (1985) sobre el fluctuante límite entre lo fantástico y lo real para el destinatario indígena, como comprador, usuario o mero observador, en cuya experiencia ocupan el mismo plano de excepcionalidad un león y un grifo.

En su análisis iconográfico el autor propone otro tipo de agrupación. Un primer grupo integrado por animales pacíficos (toros, ciervos), asimilables por su carácter autóctono a una interpretación indígena tanto en aspectos ideológicos como prácticos. Se destaca la abundancia de representaciones de ciervo como un posible indicador de regionalización, así como la escasez de caballos y la total ausencia de lobos tan frecuentes en la iconografía ibérica. A los animales que son agrupados bajo el epígrafe de "fieras", procedentes todos ellos de la iconografía oriental se les atribuyen dos planos semánticos: la idea básica de protección y resaltar el status social del personaje (propietario-usuario) con los que se relacionan. Este análisis iconográfico que se extiende a los motivos vegetales y a las escasas escenas complejas, concluye que frente a los modelos orientales, estos broncees peninsulares presentan un cierto nivel de tosquedad y menor calidad en el tratamiento de los elementos y las técnicas empleadas. Se caracterizan por un tipo de manufactura menos especializada con resultados menos espectaculares que los de los talleres orientales. Estas características se atribuyen a la inferior categoría y preparación de los artesanos que se instalan en

las colonias fenicias peninsulares. Sin embargo en el análisis de algunos aspectos iconográficos en los que se parte de un modelo oriental, las pequeñas variaciones documentadas son interpretadas como la asunción de tradiciones locales. Pero, se le puede objetar al autor que el marco interpretativo puede ser más amplio: desde la propia evolución interna de los artesanos fenicios asentados en la península, o como indica Rovira (1995) la capacidad de ciertos talleres indígenas para copiar cualquier nuevo objeto en función de su demanda, o incluso la capacidad de atracción de los talleres coloniales sobre los especialistas indígenas.

Estos talleres se concentran principalmente en el área de asentamientos coloniales, desde los que se abastecerían, tres áreas regionales: el Valle del Guadalquivir, el territorio vertebrado por el eje Huelva-Guadiana y una tercera área que englobaría la Alta Extremadura y la Meseta, en la que si bien se admite un posible taller en Extremadura, el considerar como únicos responsables a los artesanos fenicios frente a interpretaciones más abiertas, lleva a rechazar su existencia, y atribuir la especial concentración de representaciones de ciervos en bronce para esta zona a condicionantes de la demanda local. Sin embargo también en este caso cabe cuando menos la discrepancia con la propuesta del autor demasiado cerrada en sus conclusiones, ya que otros autores en base a protocolos analíticos defienden, que al igual que se ha identificado un taller de orfebrería orientalizable en la zona media del Tajo-Guadiana existe una tradición metalúrgica regional, que se ha minusvalorado; y que se detecta en una mayor proporción de estaño en las aleaciones y la fabricación de vasos con broncees ricos (Perea 2000; Montero 2001).

Similar discrepancia se plantea en el papel que pudieron desempeñar en el seno de las comunidades indígenas las piezas, tanto las aisladas como las integradas en conjuntos coherentes, que integran la toreutica orientalizable. Su distribución puntuada por el cuadrante Suroeste de la Península se ha interpretado en el marco de un proceso de aculturación con diferentes matices. Para el periodo orientalizable se han planteado hasta el momento las dos opciones básicas de aculturación: la impuesta, en la que los colonizadores establecen un control directo sobre los autóctonos caracterizada por procesos de asimilación, y la espontánea en la que la aceptación e integración de los elementos culturales exteriores obedece a los dinamisismos internos de la sociedad autóctona en la que se identifican agentes aculturadores internos (Wagner 1986, 1993). Desde la perspectiva que confiere a estos objetos un papel significativo para explicar las transformaciones de las comunidades peninsulares, el autor interpreta los elementos de la toreutica orientalizable como privativos de las elites locales, pero no solo como un objeto de lujo, sino como un vector de transmisión de una concepción y simbología del poder que en algunos casos confiere un carácter sacro a su propietario. Las poblaciones locales asumirían principios ideológicos, formas de comportamiento y organización social que en un claro proceso de aculturación, ven-

drían en unos casos a sumarse y en otros a sustituir los tradicionales modos de vida. Dicho proceso se enmarcaría de manera pausada durante el primer siglo de contacto entre los colonizadores y las poblaciones locales.

Se echa en falta cuando menos una referencia aunque sea para la discrepancia sobre la postura de otros investigadores para los que estos bronceos no se deberían valorar en el marco de la asunción directa de las implicaciones sociales e ideológicas del mundo colonial. Sus propuestas de interpretación ofrecen un marco más amplio y se orientan hacia el cambio de funcionalidad, en paralelo al surgimiento de nuevas manifestaciones de la jerarquización indígena como las abluciones del banquete aristocrático, o las funerarias (Ruiz de Arbulo 1996). Otra de las interpretaciones de este tipo de objetos sería la de regalos diplomáticos en un intento de integrarlos en el marco de un proyecto comercial que precisa de acuerdos o compromisos con las poblaciones que controlaban pasos y vías de comunicación. Más radical es la sugerencia de que estos objetos, sobre todo los del Valle del Tajo, son ininteligibles, y más que identificar un progreso hacia el mestizaje, solo constatan la existencia de sociedades en conflicto (Moreno 2001). Si la variabilidad caracteriza el que hemos denominado poliédrico fenómeno orientalizador, el autor parece decantarse hacia una visión homogeneizadora. Sin embargo su propuesta de un mismo impulso o proyecto que anima la difusión y comercialización de estas manufacturas no excluye que el resultado sea heterogéneo dada la diversidad territorial poblacional y cronológica sobre la que se actúa. Desde las perspectivas de la investigación futura, el presente trabajo sobre la toreutica orientalizador la configura como un tema abierto sobre el que refinar las interpretaciones en el ámbito regional y local y en el que a partir de ahora contamos con la necesaria y detallada sistematización que supone este excelente y oportuno trabajo.

CHAPA, T. 1985: *La escultura ibérica zoomorfa*. Ministerio de Cultura. Madrid.

MONTERO, I. 2001: "Estudios sobre la metalurgia antigua en la provincia de Toledo: El proyecto de Arqueometalurgia de la Península Ibérica". *II Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo* I. Toledo: 275-301.

MORENO, F. 2001: "Sobre anomalías e interpretación de los objetos orientalizantes en la Meseta". *Gerión* 19: 99-117.

PEREA, A. 2000: "Joyas y bronceos". Catálogo Exposición: *Argantonio. Rey de Tartessos*. Ministerio de Cultura. Fundación el Monte. Sevilla: 147-155

ROVIRA, S. 1995: "De metalurgia tartésica". *Tartessos, 25 años después. 1968-1993*. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera: 475-506.

RUIZ DE ARBULO, I. 1996: "La asociación de jarras y palanganas de bronce tartesias e iberas. Una propuesta de interpretación". *Revista de Estudios Ibéricos* 2: 173-199.

WAGNER, C.G. 1986: "Notas en torno a la aculturación en Tartessos". *Gerión* 4: 129-160.

- 1993: "Metodología de la aculturación. Consideraciones sobre las formas de contacto cultural y sus consecuencias". En J. Mangas y J. Alvar (eds.): *Homenaje a J.M. Blázquez* 1. Ed. Clásicas. Madrid: 445-464.

Juan Pereira Sieso

Area de Prehistoria
Facultad de Humanidades de Toledo
Pz^a de Padilla nº 4.
45071 Toledo.
Correo electrónico:
Juan.Pereira @uclm.es

P. MORET y F. QUESADA SANZ (eds.): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico* (ss. VI-II a. de C.). Collection de la Casa de Velázquez, 2002, Vol. 78, Casa de Velázquez, Madrid. 215 pp. ISBN 84-95555-29-8.

Por una casualidad irrelevante, me encuentro ahora examinando un libro sobre la guerra, justo cuando ésta vuelve a situarse en el centro del debate político y social (1). Un tema al que hacía tiempo que no dedicaba mayor atención, y en el que, a pesar de las amables palabras de los editores de esta revista (obviamente encaminadas a convencerme para que hiciera la faena, y que mi autoestima les agradece), disto mucho de considerarme experto. En este momento, en el que una guerra está ocurriendo de verdad e invade (bien que de lejos) mi cotidianeidad, no sabría como encarar la recensión de un libro con semejante título *la guerra en el mundo...* si no es constatando la primera obviedad: el título no responde al contenido del libro. La guerra, como tal, no aparece por ninguna parte, o acaso como un muy lejano y pálido reflejo. Para entendernos en plan coloquial el título está bien, pero sería exigible a una monografía científica que su encabezamiento reflejara con exactitud su contenido, y que sacrificara la supuesta claridad de lo literario por la gris pero precisa exactitud de lo descriptivo.

Porque no quiero creer que los editores y autores no sean conscientes de la diferencia entre el conjunto de los hechos sociales y bélicos que llamamos guerra y el campo estricto de lo armamentístico y militar, que es el que tratan en sus artículos. La guerra está constituida por una amplia gama de fenómenos sociales, culturales y hasta naturales (sí es que éstas pueden distinguirse entre sí), de los que el armamento y la arquitectura militar forman tan sólo una manifestación, y no siempre ligada directamente a la guerra, sino al orden y la estructura internas de la sociedad. Repito, en este libro no se llega a analizar este fenómeno de la guerra en el marco cronológico y espacial que el título delimita, a lo sumo se llega a aseverar que era un fenómeno frecuente entre iberos y celtíberos, a

(1) Como la memoria es corta, y los tiempos de publicación algo más largos, me refiero claro está a la invasión americana de Irak, marzo de 2003.

modo de presupuesto apriorístico cuasiparadigmático, sin que se sepa muy bien por qué (¿sobredosis de Polibio, quizá?). Ciertamente es, la guerra no es algo que, a pesar de sus apariencias, deje muchas constancias arqueológicas, con lo que nos vemos, como los autores, constreñidos a analizar epifenómenos, por si fueran ilustrativos de nuestro verdadero interés. Así, los análisis presentados en este libro se centran sólo en tres aspectos: los restos de armamento (Quesada, Lorrio, Sanz), la historiografía clásica (Ciprés) y la arquitectura militar (Romeu, Moret), que de ninguna forma agotan las posibles vías de acercamiento, ni el análisis mismo de las partes aquí presentadas. En resumen, el título me parece excesivo por lo rotundo y lo amplio.

Todo recensionador de un volumen colectivo, y no seré yo menos, encaja hacia el comienzo una alusión a la dificultad de encarar en una sola pasada o visión un conjunto tan dispar de aportaciones. En este caso no se debe a la irregularidad en el nivel de las mismas (todas ellas correctas como mínimo, y coherentes en su planteamiento interno como tal), sino a la disparidad inevitable entre campos tan variados como los manifestados. Así, los trabajos de los tres autores que tratan de armamentística son bastante armónicos entre sí, pero poco tienen que ver con el resto de los artículos. Me encuentro pues, como todos, sin una línea argumental posible para esta recensión, salvo el examen sucesivo de cada artículo, lo que afea la narración.

Precede al volumen una introducción de los editores que, además de explicar las circunstancias que le dieron origen, su pequeña historia propia y las intenciones que pusieron en marcha el proyecto, trata de presentar una visión coherente del conjunto de los artículos en el marco de las condicionantes propias del campo y del estado actual de su investigación. Es una tarea necesaria, está bien escrita y bien argumentada, pero no consigue su fin de armonizar el todo en una presentación única. He confesado antes que resultaría una misión imposible, con lo que no puede achacárseles más que la buena intención.

Sigue el que, para mí, es el artículo más interesante del libro, una presentación de F. Quesada de la problemática de la investigación en el campo de la armamentística protohistórica hispana (*Armas y arreos de caballo en la protohistoria peninsular. Problemas de la documentación y líneas de investigación prioritarias*, pp. 1-34). El subtítulo lo dice todo, y se ajusta al contenido. Quesada examina los problemas pasados y presentes de la investigación en este campo en un lenguaje claro y bastante bien escrito (algo inusual en arqueología y muy, pero muy, de agradecer). En líneas generales, cualquier conocedor del campo estaría de acuerdo con él, discrepancia más o menos, tampoco importa, y aunque el artículo resulte ser más una declaración de principios y *aviso de navegantes* que una epistemología ello le hace ser todavía más útil y necesario. Sólo diré que su crítica a la importancia del mercenariado ibérico como camino de intercambio cultural, con el que concuerdo totalmente, debería haber sido tenido más en cuenta por otros de los autores

del volumen. Cualquier investigador o curioso que precise de introducción al estudio de armas y arreos peninsulares deberá haber leído este artículo.

Éste es seguido por otros tres que examinan la *realia* de los armamentos en tres áreas geográfico-culturales diferentes: la ibérica (Quesada: 35-64), la celtibérica (Lorrio: 65-86), y la cuenca del Duero (Sanz: 87-134). Son todos ellos trabajos muy parecidos, no necesariamente iguales en enfoque y método (2), pero sí en su estrategia, en cuanto abordan los restos conocidos, los analizan y sacan parecidas conclusiones. A saber: tipología, periodización, y asociaciones; todos ellos más o menos concordantes y considero innecesario entrar en el detalle de la crítica a esta dimensión de su trabajo, aunque no concuerde en todo lo que dicen. Estos tres artículos son síntesis actualizadas de anteriores trabajos de sus autores, y resultan por ello muy de agradecer, como resumen o introducción (según las necesidades de cada lector) de muy extensos trabajos anteriores. Todos ellos tienen, además, el mismo problema: el gran peso del origen de muestra, los ajueres funerarios. Este hecho, el que la mayor parte, con diferencia, de armas y arreos aparezcan depositados en tumbas sesga necesariamente la muestra, y los tres autores confiesan honrada y paladinamente este hecho. Pero no son capaces de superarlo, lo que además resultaría una imposibilidad teórica (3), con lo que al final terminamos sabiendo poco de la guerra en estos ámbitos, poco y no nada, y los tres artículos terminan tratando más de la estructura social de las respectivas sociedades que de su aspecto militar o guerrero. Personalmente concuerdo con la afirmación de Sanz Mínguez de que todavía no estamos en situación de presentar una síntesis comprensiva de la armamentística protohistórica, y que queda mucho trabajo tipológico-clasificadorio-terminológico-pesado por hacer, por lo que tampoco se puede pedir mucho más. Aun así, creo que ninguno de los autores plantea con la suficiente profundidad y claridad cuestiones que considero necesario al menos esbozar, como el porqué en estas tres áreas y no en otras se produce esta importante acumulación de armas, qué conexión tienen los aspectos que examinan con otras vertientes de las sociedades en que se producen, o qué nos aportan estos estudios al conocimiento de la sociedad y cultura protohistóricas en general. Empiezan en lo armamentístico, y en demasiadas ocasiones terminan en ello. Quizá no fuese posible otra cosa, lo reconozco, pero al menos lo podían esbozar.

Para mi gusto, todos sus trabajos hubieran ganado en claridad, científicidad, y utilidad, si hubieran abandonado definitivamente el uso de los etnónimos, adjetivos que nada tienen que ver con el objeto de su estudio, y que sólo sirven para confundir (p.ej.: el deslinde entre los campos y territorios que tratan Lorrio y Sanz es casi imposible de apreciar). Aclaro que no es que considere que el estudio de la etnicidad sea una

(2) Quesada más centrado, Lorrio notablemente conservador, y Sanz bastante más crítico.

(3) Gödel y Heissenberg *dixerunt*.

pérdida de tiempo (bueno, tiendo a ello) sino que entiendo que los etnónimos que nos aportan las fuentes clásicas deben ser el objeto de estudio *después* del análisis arqueológico, no antes ni superponiéndose a él, y que como categorías definitorias podían haberles sido útiles a Plinio o a Estrabón, pero a nosotros no.

Esto nos lleva al artículo con el que menos de acuerdo puedo estar, el de P. Ciprés (*Instituciones militares indoeuropeas en la Península Ibérica*: 135-152). Ya el título (estoy hablando mucho de títulos en esta recensión) me resulta difícil de aceptar. El adjetivo *indoeuropeo*, como si una *institución* tuviera algo que ver con la familia lingüística, ya me empieza a preocupar. Habiendo dicho lo que he dicho de los etnónimos, se comprenderá que no pueda entender la validez de adjetivar con el nombre de un grupo lingüístico (4) a lo que intenta ser un estudio de estructura de instituciones sociales. Digo intenta, porque en el fondo, aunque con gran coherencia interna, se trata simplemente de una vuelta de tuerca más a lo que podemos saber de las culturas y poblaciones de la protohistoria peninsular a partir de las fuentes clásicas. Además, al trabajo de esta autora le veo el problema de que no consigue escapar de la trampa de todos los análisis de fuentes habidos hasta el momento. A saber, las fuentes hablan de los indígenas como elemento *extraño* comparado a la normalidad del *nosotros*, y con la terminología de este *nosotros*; hasta aquí todos, incluidos la autora, de acuerdo. El problema está no en el bárbaro extraño, esa es la parte obvia, sino en el otro término de la comparación, los romanos. No entiendo, o prefiero jugar a que no entiendo, el porqué aún hoy en día asumimos como nuestra propia la postura de los romanos (por mucho que sean el sujeto de los textos que nosotros leemos, nosotros no somos los romanos), ni porqué parecemos creer que sólo porque entendamos el idioma en el que están escritas las fuentes sepamos de qué están hablando. De hecho, no sabemos casi nada, o poco más que nada, del ejército romano anterior a las reformas sucesivas de Mario, Sila y César, y poco más del ejército augusteo. Las fuentes clásicas usan como punto de comparación éste ejército y organización militar y concepto de la guerra, y no otro, para hablar de los extranjeros hispanos, y por mucho que utilicen un idioma y una terminología que creemos comprender realmente desconocemos casi todo de los dos puntos de la comparación. Una sola ecuación con dos variables desconocidas nunca ha sido resoluble, y por tanto, este ejercicio me parece inútil. Y cuando la autora cae en el error, por cierto muy común en la antigua historiografía de pre- y postguerra, en la que se trata a Sertorio como un hispano más en las luchas contra Roma, olvidando que fue un político y general romano, peleando en una guerra civil romana con tropas hispanas peleando a la romana, cuando lo trata como otro cabecilla hispano, la sensación de *dejà vu* se torna insoportable.

(4) Quiero entender que se utiliza la palabra sólo en su dimensión lingüística; de lo contrario, entendiéndolo como definitorio de pueblo o agrupación humana alguna, sería simple racismo. Y aun así.

Las dos últimas aportaciones (Romeo: 153-188; y Moret: 189-215) tratan aspectos muy parciales de la arquitectura militar ibérica. Romeo plantea un artículo de tesis, en el sentido que sale a la palestra a defender una idea (la indigenidad de las fortificaciones ibéricas de la zona aragonesa y la no necesidad de plantear influjos helenísticos en la poliorcética), la defiende honrada aunque no concluyentemente. Le faltaría, cosa difícil en el espacio de un solo artículo, examinar todos los argumentos a favor y en contra de su tesis para ser más convincente, aunque debo decir que personalmente me ha convencido. Confieso que estaba predispuesto, pues recientemente hemos vuelto a sufrir la moda del *ex oriente lux* (bien que solapada en palabrería y centros periféricos, es decir, sin honradez), y de vez en cuando conviene que alguien recuerde que en todos lados la gente piensa más o menos igual de inteligente o estúpidamente. Moret por su parte se adentra, con todo tipo de cautelas, en el proceloso mundo de la paleométrica (esta es la aportación de este trabajo al catálogo de neologismos), y plantea, con más cautelas todavía, un anticipo de conclusiones generales que podrían derivarse de este tipo de estudios, y sirve sobre todo como semáforo de una nueva vía de investigación que bien merece la pena seguir.

Para terminar, quiero decir que este libro, sin ser una novedad teórica absoluta (cosa que no pretende) es de gran utilidad en cuanto supone un intento de síntesis, o el mejor intento posible en este momento, de un conjunto de problemas difíciles de conocer para un no especialista, al recoger en un solo volumen no excesivamente extenso las principales aportaciones de los últimos años, y por los autores que más, o más recientemente, han trabajado sobre ellos. No quiere decir que todavía estén superados todos los antiguos trabajos (las obras de Cabré y la *Meseta-Kulturen* de Schüle, especialmente), ni que el tema examinado esté ni de cerca resuelto. Y vuelvo al principio, el título. De la guerra, como tal, en los mundos ibérico y celtibérico, seguimos sin saber nada.

W.S. Kurtz

Museo Arqueológico de Badajoz

Pza. Jose Álvarez y Sáenz de Buruaga s/n
06080 Badajoz

IGNACIO GRAU: *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*. Publicaciones de la Universidad de Alicante. Alicante., 2002, 356 pp., 110 figs. ISBN: 84-7908-663-7.

Los estudios sobre la Contestania ibérica experimentan en la actualidad una etapa de impulso, si atendemos a la reciente serie de proyectos de investigación, publicaciones y otras iniciativas en curso. Baste como último botón de muestra el encuentro realizado en Alicante a finales de octubre del 2002. Trabajos muy esperados han visto la luz, como es el segundo volu-

men de los resultados de las excavaciones en el poblado de El Oral (Abad *et al.* 2001). También está fresca la publicación de los trabajos realizados en el asentamiento de El Perengil, un yacimiento que aporta nuevas perspectivas para el estudio de los esquemas de poblamiento ibérico en la Vega Baja del Segura. Este último tema ha sido también objeto de atención en la reunión celebrada en la Casa de Velázquez el pasado mes de febrero en torno al problema de las casas fuertes y recintos fortificados de época ibérica tardía y romana. La proyección social de estos esfuerzos pasa también por un buen momento, con la reciente remodelación del Museo Arqueológico de Alicante, o la ejemplar puesta en valor de un yacimiento emblemático pero no menos desatendido como era el Tossal de Manises/ Lucentum. La obra de I. Grau se encuadra dentro de este panorama general como un estimable avance en el conocimiento de los desarrollos regionales particulares de las distintas áreas de la cultura ibérica levantina. Se persevera así en la continuación del proyecto iniciado por Llobregat con su ya clásica Contestania Ibérica (Abad 1996), como ha quedado subrayado en el interesante coloquio celebrado en octubre de 2002. La zona de estudio elegida es el interior montañoso de la provincia de Alicante, abarcando el período que va desde el inicio de las colonizaciones hasta la conquista romana.

En cuanto a su estructura, es la acostumbrada en este género de trabajos centrados en una unidad geográfica. Se inicia con un encuadre teórico y una exposición de la metodología empleada. Se pasa luego a analizar el medio geográfico. El tratamiento de la información arqueológica se inicia con una valoración de las cerámicas como indicadores crono-culturales en la zona estudiada. Un amplio capítulo es dedicado a la evolución de las formas de poblamiento. Seguidamente se aborda la cuestión de la economía, tanto desde el punto de vista agropecuario como comercial. Los aspectos estratégicos y defensivos de los asentamientos y su distribución ocupan el apartado siguiente, para concluir este recorrido con una revisión de los datos conocidos sobre espacios funerarios y de culto. El trabajo finaliza con una valoración de síntesis sobre la evolución histórica de la zona de estudio en el contexto de la Contestania y su entorno mediterráneo.

Comienza el autor por la saludable premisa de definirse dentro del panorama teórico actual, optando por la práctica de una Arqueología del Paisaje. No obstante, la diversidad del panorama presente englobado bajo dicho epígrafe da lugar más a una revisión de los grupos de trabajo y corrientes existentes que a una penetración en la naturaleza definitoria de este tipo de estudios. La lectura a escala territorial de la interacción entre las comunidades humanas y su medio a lo largo del eje del desarrollo histórico y social, puede ser una definición adecuada, pero capaz de englobar presupuestos teóricos muy dispares. Desde el punto de vista metodológico, es especialmente destacable la creación de un Sistema de Información Geográfica (SIG en lo sucesivo) como soporte para el desarrollo de la investigación. Trabajos como el suyo

son la confirmación de una tendencia positiva hacia la implantación de estas herramientas de análisis. Grau representa a una generación de aplicaciones de los SIG en la que la justificación del trabajo no es en sí el empleo de esta tecnología, sino que se valora a ésta como un medio más para estudiar fenómenos históricos desde perspectivas diferentes. La utilización de estos medios debe ser interiorizada e incorporada a nuestros métodos de trabajo del mismo modo que en su momento lo hizo la cartografía tradicional, la arqueometría o el análisis estadístico. Pero es, ante todo, imprescindible que exista una conexión orgánica entre la utilización de estos recursos y los planteamientos teóricos generales que deberían dar sentido al procedimiento a adoptar: ¿Qué pudo ocurrir?, luego... ¿qué quiero saber?. Grau se expresa acertadamente al respecto al afirmar que cabe esperar de estos dispositivos “algo más que mapas bonitos” (pág. 21). Es común, en efecto, una deficiente comprensión de las verdaderas posibilidades de los SIG como herramienta de trabajo, a veces asimilados a sistemas de dibujo asistido por ordenador. Por el contrario, en el trabajo que nos ocupa se demuestra un buen conocimiento de las capacidades analíticas de los SIG. Se echa de menos, no obstante, un mayor aprovechamiento de las mismas por lo que respecta a algunos temas concretos, como el Análisis de Captación Económica (ACE en lo sucesivo). En su formulación clásica definida por Vita-Finzi y Higgs (1970), el ACE es empleado como una técnica para caracterizar la posible orientación económica de los asentamientos, en función de las capacidades de su entorno. Al margen de las implicaciones teóricas que supone la fidelidad a este planteamiento (tema sobre el que volveremos luego), la interpretación ofrecida se basaba en una apreciación de la frecuencia de determinados tipos de coberturas en las áreas de captación de cada caso aislado. Posteriores aplicaciones del ACE por parte de arqueólogos de la escuela procesual (Flannery 1976, Roper 1974 y Baumler 1976, citados en Roper 1979) expanden las posibilidades del método cuantificando y aplicando pruebas estadísticas sobre series amplias de casos. Se abrió con ello la puerta a un enfoque experimental del ACE, que desde la perspectiva teórica del materialismo histórico han aplicado Gilman y Thornes (1985) para la prehistoria del sureste peninsular, y posteriormente ha concretado Vicent (1991) dentro de una propuesta metodológica para el estudio de los paisajes agrarios. Desde esta óptica, la reconstrucción positiva del significado económico real de calidades y usos de los suelos no es el objeto central, sino la posibilidad de detectar una estructura en las decisiones de localización que no se muestra de un modo directo. La proposición de un significado en términos históricos arranca de esta premisa. Es este nivel supra-descriptivo el que se echa en falta cuando, de entrada, sólo se definen las áreas de muestreo de los *oppida*, privándonos de la posibilidad de comparar con otro tipo de asentamientos, como por ejemplo, el importante poblamiento en llano detectado en las fases antigua y final. Una vez definidas las áreas

de captación, se realiza un comentario caso por caso, estableciendo luego tendencias generales a partir de estadígrafos descriptivos básicos y sus representaciones gráficas. Volviendo sobre el trasfondo teórico de la utilización del ACE, quizás habría sido conveniente una mayor justificación sobre los criterios empleados a la hora de definir sus parámetros. Si se opta por una lectura de los tipos de suelos en términos de susceptibilidad de un determinado uso en el pasado, la delimitación del rango de distancia adquiere un significado socioeconómico que precisa ser explicitado. La asunción del binomio una hora/cinco kilómetros tiene sus raíces en los estudios de Geografía Agraria de Chisholm, a los que recurre Grau (pág. 137) y que tanto influyeron en los defensores de la Nueva Arqueología. No bebe minusvalorarse el hecho de que tales estimaciones cobran sentido dentro de una estrategia económica maximizadora en función de la distancia desde el asentamiento y de la existencia de comunicaciones para la distribución de excedentes. Esto nos conduciría a la asimilación de la estrategia económica de las comunidades agrarias de la Edad del Hierro con la de explotaciones integradas en una sociedad industrializada: la gente aprovechará al máximo las posibilidades del medio en la medida en que se lo permita el nivel de desarrollo tecnológico. La aceptación o no de las tesis formalistas subyace como problema de fondo en esta opción metodológica: ¿que racionalidad económica preside la toma de decisiones sobre dónde situarse?. Es éste, y no el problema de incluir o no como variable la rugosidad del terreno, el núcleo duro de la discusión sobre el uso de esta clase de técnicas. Abundando en la necesidad de modelizar para entender, es novedoso en publicaciones españolas el uso que hace Grau de los SIG para el estudio de las comunicaciones (Un buen ejemplo reciente en la literatura anglosajona sobre SIG puede verse en Bell *et al.* 2002). Los cálculos sobre accesibilidad y camino óptimo permiten crear itinerarios hipotéticos para conectar elementos del paisaje. Estos recorridos pueden luego ser contrastados con la distribución de asentamientos o materiales, o bien compararse con la red de caminos observada en el presente. En el trabajo que nos ocupa se aprovecha el potencial de tales métodos a todos los niveles, desde el análisis de la relación de los *oppida* con otros asentamientos de su entorno inmediato, hasta las posibles vías de conexión interregional. El resultado es una propuesta de caracterización de un tipo de entidades prácticamente inaprensibles desde la documentación arqueológica tradicional. La vertiente experimental de los SIG cobra aquí plenamente su sentido. El bloque introductorio de la obra se cierra con una valoración del medio en el que actúan las comunidades ibéricas. Grau hace un uso inteligente de la información geográfica, insistiendo en las variables que han modelado la fisonomía de los espacios agrarios. La perspectiva del autor es amplia, pues no se desdén, sino al contrario, se explota el potencial de fuentes históricas que permiten reconstruir una secuencia de larga duración. La lectura territorial propuesta por Grau tiene

como base una caracterización tipológica de los tipos de asentamientos documentados y su evolución diacrónica. A la hora de analizar la elección de emplazamientos se muestra una atenta selección y un detallado tratamiento de cada una de las variables. Hubiera sido interesante, en todo caso, el estudio combinado de las mismas, quizás recurriendo a análisis estadísticos multivariantes. Es por otra parte de gran interés el uso, ya comentado, de las posibilidades del SIG para proponer el trazado de las principales rutas de comunicación durante la etapa ibérica. La definición de una serie de niveles en la estructura de poblamiento se muestra, a la luz de los datos manejados, como un esquema coherente y que es hábilmente confrontado con los propuestos en otras áreas. Permítasenos únicamente plantear algunas dudas en cuanto a la intensidad de la relación rango-tamaño, por cuanto la jerarquización espacial no debería interpretarse como un reflejo directo de la jerarquización social. Es esta la principal objeción que cabe plantear al enfoque de patrones de asentamiento, un planteamiento que asume la distribución observada como directamente interpretable en términos de una organización socio-política extinta. El desarrollo de las actividades económicas es objeto de un apartado independiente, analizándose sucesivamente el papel de la agricultura y el comercio. Respecto a lo primero, ya se ha dicho suficiente al tocar el tema del ACE. Los resultados obtenidos son combinados con un conjunto de evidencias sobre los tipos de cultivos y la capacitación tecnológica de las comunidades ibéricas. Cabría apuntar algunas reflexiones en lo tocante a los protagonistas de todos estos procesos de trabajo. Se alude reiteradamente a estos productores de excedente como campesinos, y se define a la ibérica como una forma de economía campesina. Conviene tener presente que tal categoría se define no tanto por un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas como por una relación, un vínculo de dependencia respecto a otras clases del sistema social.

Grau plantea al respecto que los campesinos *necesitan* soportar cargas para las clases dirigentes, y la adquisición de bienes de prestigio por parte de estas sería la motivación necesaria para el desarrollo de una economía excedentaria (pp 158-159). El monopolio de las redes de intercambio de los productos foráneos sirve a su vez para reforzar la posición dominante dentro de la comunidad. El cambio tecnológico facilita el aumento de la productividad y extensión de los cultivos, con el consiguiente crecimiento económico del sistema que conlleva una expansión demográfica. Ésta actúa como principio activador y retroalimenta esta dinámica de desarrollo pujante.

El sentido redistributivo de la actividad comercial es parte esencial de esta visión del funcionamiento de la sociedad ibérica, que tiene como trasfondo un modelo de economía de bienes de prestigio (Frankenstein 1997). Del mismo modo, es consustancial al modelo la consideración de los elementos defensivos de *oppida* y territorios desde un prisma primordialmente del enemigo exterior. La conflictividad interna no apare-

ce como factor a tener en cuenta en el desarrollo de sistemas para el dominio estratégico del espacio. Las manifestaciones externas de poder en los espacios funerarios por parte de los linajes aristocráticos encajan dentro de este esquema como elementos de cohesión social (p. 248), la posible existencia de un mecanismo tributario controlado por santuarios comarcales como el de La Serreta es interpretada como un estímulo para el comercio y el reforzamiento de vínculos entre las comunidades dependientes.

Para ir concluyendo, puede verse cómo todo el desarrollo histórico planteado gravita en torno a la cuestión esencial: ¿por qué ocurre lo que se observa? ¿cuál es la explicación global en términos sociales de todo este proceso de cambio? El autor maneja un modelo claro al respecto con dos ejes fundamentales.

En primer lugar, una visión del desarrollo de la cultura ibérica como un ente que nace, se desarrolla y finalmente florece/madura en el período pleno (p. 250), para disolverse a partir de la conquista romana.

En segundo lugar, una interpretación funcionalista de su estructura social. Los aristócratas del siglo IV a.n.e. se nos muestran como “coordinadores de la actividad económica local y mediadores en las relaciones con los extranjeros” (p. 254). Estado, elites aristocráticas, tecnología, moneda, escritura... aparecen como dispositivos surgidos para la necesaria gestión y regulación de la adaptación humana al medio. Desde este punto de vista, el productor necesita por naturaleza el liderazgo y control por parte de una clase dirigente. No se plantea como problema central los mecanismos de imposición de relaciones asimétricas y de desigualdad social, y se insiste en cambio en la dinámica que facilitaría su refuerzo y reproducción.

En síntesis, podemos decir que la obra que nos ocupa es una valiosa contribución para el estudio de la organización territorial del área central de la Contestania ibérica. Pese a las discrepancias que se puedan suscitar sobre el sentido histórico global del proceso analizado, no cabe duda que se aportan las claves de una secuencia de cambios coherente y legible, capaz de dar cuenta de las variaciones apreciadas en el registro arqueológico. Facilita esta labor el recurso a medios técnicos que expanden de manera ilimitada la capacidad de análisis del investigador (aunque nunca deben considerarse, como apunta el autor, sustitutos de esta última).

Resulta esperanzador el observar esfuerzos tales en el intento de superar la esquizofrenia entre una aproximación más “cualitativa” e histórica a los problemas que plantea la arqueología de lo ibérico y un mundo técnico y “cuantitativo” como es el de los SIG (McE-learnery *Assemblage* 6). Es posible una vía intermedia entre el pesimismo metodológico de los positivistas (sólo la acumulación inductiva conduce a la visión completa), y la aplicación de los modelos teóricos como rodillo sobre el registro material.

ABAD, L. 1996: “Modelos de hábitat en el mundo ibérico. Una década de investigaciones”. *Revista de Estudios Ibéricos* 2: 123-145.

ABAD, L.; SALA, F.; GRAU, I.; MORATALLA, J.; PASTOR, A. y TENDERO, M. 2001: *Poblamiento Ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y la Escuela*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 12. Real Academia de la Historia. Madrid.

BELL, T.; WILSON, A. y WICKHAM, A. 2002: “Tracing the Samnites: Landscape and Communications Routes in the Sangro Valley, Italy”. *American Journal of Archaeology* 106: 169-186. CHISHOLM, 1973: *Rural settlements and land use: an essay in location*. Hutchinson University Library. Londres.

FRANKENSTEIN, S. 1997: *Arqueología de colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*. Ed. Crítica. Barcelona.

GILMAN, A. y THORNES, J.B. 1985: *Land-use and Prehistory in Southeast Spain*. George Allen y Unwin. Londres.

McELEARNEY, G. 2000: recensión de Mark Gillings, M.; David Mattingly, D.; and Van Dalen, J. 1999: *Geographical Information Systems and Landscape Archaeology*. The Archaeology of Mediterranean Landscapes 3. Oxbow Books. Oxford.

<http://www.shef.ac.uk/learningmedia/StaffGraham.htm>

ROPER, D.C. 1974: “The distribution of Middle Woodland sites within the environment of the lower Sangamon River, Illinois”. *Illinois State Museum Reports of investigation* 30. Illinois.

– 1979: “The method and theory of site catchment analysis: a review”. *Advances in archaeological method and theory* 2: 119-140.

VITA-FINZI, C. y HIGGS, E.S. 1970: “Prehistoric Economy in the Mount Carmel Area of Palestine: Site Catchment Analysis”. *Proceedings of the Prehistoric Society* 36: 1-38.

Victorino Mayoral Herrera

Dpto. de Prehistoria

Facultad de Geografía e Historia

Universidad Complutense.

28040 Madrid.

Correo electrónico: vmayoral@tiscali.es

III CONGRESO DE NEOLÍTICO PENINSULAR, Santander, 5 a 8 de octubre de 2003.

La celebración del III Congreso de Neolítico Peninsular en la ciudad de Santander se enmarcaba en los actos de conmemoración del “Año de la Prehistoria” en la región de Cantabria con motivo del centenario del descubrimiento de la Cueva del Castillo. Como en ocasiones anteriores, el evento se afrontaba con grandes expectativas que se verían pronto confirmadas por la gran demanda de solicitudes de comunicación; a este respecto, cabe señalar que la centralización de las inscripciones, solicitudes y trámites en una única página web (<http://congresoneolitico.unican.es>) se ha demostrado como un eficiente instrumento de gestión y, sobre todo, de actualización de la información referente

al evento, desde el mismo inicio hasta la entrega de los textos finales para la publicación de las Actas. Del mismo modo, la preparación de la jornada de excursión el día antes del comienzo de las sesiones favoreció la continuidad de las comunicaciones evitando ocupar los días centrales.

En el ámbito más puramente científico, cabe destacar el aumento de los trabajos sobre palinología y antracología respecto a las ediciones de Gavà-Bellaterra (1995) y Valencia (1999), ya sea en forma de comunicaciones propiamente dichas, ya como complemento del estudio de yacimientos o áreas concretas.

Han sido también novedosas toda una serie de presentaciones sobre estructuras de combustión, algunas de ellas en la más típica línea de las de conjuntos ya conocidos en contextos habitacionales del sur de Francia (fundamentalmente en el ámbito chaséense).

Por la contextualización geográfica que suponen, son dignos de mención los trabajos del equipo de la Universidad de Cádiz en la zona norte de África, con la presentación de la excavación de Cabililla del Ben-zú (Ceuta); como señaló J. Ramos, los procesos de desarrollo de la Prehistoria Reciente norteafricana no son bien conocidos – en gran parte debido a motivaciones de índole político-estratégicas –, y podrían ser piezas clave para la comprensión de las dinámicas de cambio cultural tanto a nivel mediterráneo como atlántico.

El interés que despierta la actividad investigadora sobre el Neolítico de la Península Ibérica en zonas aledañas ha quedado plasmado, entre otras cosas, en la asistencia de investigadores foráneos; además de los equipos que trabajan desde hace ya varios años en territorio peninsular, son de destacar las comunicaciones de C. Züchner (Institut für Ur-und Frühgeschichte) y E. Mens (CNRS-Université de Nantes). Estos trabajos, junto con la introducción de dos conferencias invitadas (J. Guilaine y A. Whittle), han permitido contextualizar la problemática peninsular en los ámbitos más generales de la Europa Mediterránea y Atlántica, tanto en lo que se refiere al conocimiento de los datos sobre cultura material como, lo que puede resultar más relevante, al empleo de determinadas metodologías.

Al igual que en el caso de Valencia y de otros congresos peninsulares celebrados en España (v.g. V Congreso Peninsular de Arqueometría, Cádiz, 30 de septiembre a 3 de octubre de 2003), hay que lamentar la escasa presencia de los investigadores portugueses; no obstante, se ha podido apreciar en esta ocasión un ligero aumento en el número de ponencias del país vecino en relación, por ejemplo, al Congreso de 1999. Esta aparente falta de comunicación entre los investigadores de uno y otro lado de la frontera –sólo invertida en las áreas geográficas de más directo contacto administrativo entre los dos países–, supone un importante freno a la comprensión de los procesos generales que afectaron a la Prehistoria Reciente peninsular y que tienen en Portugal algunas de sus más destacadas expresiones. En este sentido, se echaron muy especialmente en falta informaciones procedentes de los

numerosos trabajos de prospección y salvamento en el contexto de la construcción del embalse del Alqueva, que sólo estuvieron representados por la comunicación de V.S. Gonçalves (Universidade de Lisboa) sobre los conjuntos de hornos de Xarez 12.

Los debates generados tras la presentación de las comunicaciones de las distintas sesiones han girado en torno a los temas ya recurrentes del Neolítico peninsular. Quizás la novedad más destacada en este sentido (en relación a ediciones anteriores) haya sido la discusión en torno a la cronología y los métodos de datación; este debate se va visto fomentado, por un lado, por una comunicación sobre el particular por parte de la Dra. A.M. Muñoz (UNED) y, por otro, por el relativamente elevado número de trabajos que presentaban fechas obtenidas por Termoluminiscencia. De este debate se deducen una serie de consideraciones que, al menos desde mi punto de vista particular, son un tanto preocupantes; entre otras, que seguimos en muchas ocasiones sin saber con seguridad lo que estamos datando y, lo que no es menos importante, que no acabamos de tener en cuenta a la hora de valorar las cronologías absolutas la problemática estadística que subyace, por ejemplo, a las fechas radiocarbónicas. El otro polo de debate fundamental en Santander ha venido constituido por la ya clásica discusión sobre el modo de aparición del Neolítico en la Península; las intervenciones, inducidas por un trabajo teórico sobre la tradición del estudio de las sociedades productoras y por los recientes trabajos del equipo de la Universidad de Cádiz, se desarrollaron en un clima más sosegado que en ocasiones anteriores. Otras discusiones giraron en torno a la problemática de yacimientos concretos como el de las minas prehistóricas de Gavà, en alguna ocasión dejándose notar que, por desgracia, el interés de la intervención respondía más a conflictos personales que a un verdadero interés científico.

En lo que concierne a la sección de pósters se ha de subrayar la calidad tanto formal como de contenido de la gran mayoría de los mismos. Aunque no sea, evidentemente, la intención de los organizadores, la presentación de pósters continúa siendo un apartado un tanto infravalorado en el contexto de la celebración de los congresos de investigación a escala internacional; este problema tiende no obstante a reducirse, produciéndose una revalorización de estos trabajos en los casos en que, como en el presente, la publicación de los mismos aparece al mismo nivel que el resto de comunicaciones.

Desde hace algunos años los Congresos Peninsulares de Neolítico son, sin lugar a dudas, uno de los eventos más señalados de la investigación prehistórica a nivel europeo, tanto por la expectación que despiertan, como por la excelente capacidad de publicación de los resultados que hasta ahora han demostrado. Cabe esperar que dicha dinámica continúe en los años venideros y que siga prevaleciendo el espíritu integrador, cordial y de discusión que ha caracterizado a las convocatorias de Gavà, Valencia y, ahora también, Santander.

ACTES DEL I CONGRÉS DEL NEOLÍTIC A LA PENÍNSULA IBÉRICA: *Rubricatum*, *Revista del Museu de Gavà*, I. 1996.

ACTES DEL II CONGRÉS DEL NEOLÍTIC A LA PENÍNSULA IBÈRICA: *Saguntum*, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, extra-2. 1999.

Elías López-Romero González de la Aleja

Dpto. de Prehistoria

Instituto de Historia, CSIC.

C/ Serrano 13

28001 Madrid.

Correo electrónico: elopez@ih.csic.es